

Capítulo 22 – La salvación y la relación santa.

Introducción

El Capítulo 22 es el tercero de la serie de movimientos tipo scherzo de nuestra sinfonía que sirven como interludio entre las intensas discusiones

sobre las relaciones especiales en el Capítulo 19 y el Capítulo 23. Estos tres

capítulos – 20, 21 y 22 – comparten temas comunes, siendo el más importante la naturaleza de la relación santa que contrasta con el complejo e

insidioso drama de la relación especial. También re-examinaremos el papel

de la razón en la salvación. Otro tema importante que hemos explorado, y

exploraremos con mayor profundidad es el de las diferencias y la igualdad.

El sistema de pensamiento del ego, que culmina en la fabricación del universo físico, acentúa las diferencias en el intento de probar su realidad,

con la igualdad siendo vista como un pecado. Al discutir estos términos,

realmente estamos hablando de forma y contenido. El mundo de la forma es

un fuerte testimonio de la realidad de las diferencias, y el tema de este movimiento se resume mejor en la oración "Nada es tan cegador como la

percepción de la forma" (III.6:7). De hecho, el ego fabricó la forma para cegarnos a la creencia en el pecado que es el contenido de la mente errada,

pecado que luego percibimos en los demás. El mundo de las formas o diferencias es una defensa contra la creencia de la mente en el pecado, que a

su vez es una defensa contra la Expiación de la mente correcta. Estas capas

de defensa se describen en el cuadro (ver Apéndice), que consultaremos a

medida que avancemos en el capítulo.

El miedo del ego a la Expiación.

Comenzamos por examinar la estrategia del ego, uno de los temas más importantes de esta monumental sinfonía, y al que volvemos una y otra vez. Sin que comprendamos esta estrategia, es imposible comprender las enseñanzas del Curso sobre el perdón, y mucho menos aplicarlas. El núcleo de la estrategia del ego es defenderse contra que el Hijo de Dios cambie su mente y elija la Expiación, un punto en el que el ego desaparecería porque sólo lo sostiene la creencia del Hijo en él. El ego busca mediante el poder de nuestra creencia, anular el poder de la mente para elegir. Si ya no tenemos una mente que puede elegir, y mucho menos una mente, no podemos corregir nuestra elección equivocada por el ego. Esto significa que la decisión tomada por el único Hijo en el instante original permanecería para siempre. Para asegurar su perpetua super-vivencia, el ego diseña el plan de la ausencia de la mente, diseñado para hacernos creer que la mente es un lugar de pecado y culpa del que tenemos que huir, y al que nunca podremos regresar so pena de muerte. En este movimiento de nuestra sinfonía, exploramos el pecado más que la culpa, aunque son esencial-mente lo mismo. El pecado nos saca de la mente porque creemos en el mito del ego de que nuestro pecado contra Dios merece castigo. Convencidos de la realidad del pecado, estamos motivados a abandonar la mente mediante la proyección, creando falsamente un mundo en el que vemos el pecado a nuestro alrededor – en la forma. Como resultado, nunca llegamos al contenido subyacente: la creencia de la mente en el pecado que es una defensa contra la Expiación. Esta dinámica de

defensa resume sucintamente el ego, y él y su gentil deshacimiento a través

del perdón son los principales temas de este capítulo.

(III.1:1-2) La introducción de la razón en el sistema de pensamiento del ego es el comienzo de su des-hacimiento, pues la razón y el ego se contradicen entre sí. Y no es posible que coexistan en tu conciencia. El ego lo sabe muy bien. Razón, como hemos visto, es el término utilizado

en estos capítulos intermedios como un sinónimo del sistema de pensamiento de Expiación del Espíritu Santo que corrige el ego. El miedo

del ego a nuestra elección de la razón en lugar de la locura, lo impulsa a

eliminar la voz de la razón. En su presencia, la locura no puede permanecer,

así como en presencia de la luz, la oscuridad debe desaparecer en su propia

nada. Volvernos conscientes de nuestras mentes correcta y errada es el

primer paso para poner fin a la disociación que permite que ambas coexistan, sin la inevitable corrección que se produce al ponerla una al lado de la otra.

(III.2:1) Lo que le permite al ego seguir existiendo es su creencia de que

tú no puedes aprender este curso.

Cualquier estudiante serio de Un Curso de Milagros en algún momento sentirá que es demasiado difícil: "No puedo entenderlo, y mucho menos

aprenderlo". Esto es lo que el ego quiere que creamos porque el Curso es la

voz de la razón, y su verdad hace que sea imposible sostener que el sistema

de pensamiento del ego es real y que no es nuestra elección.

(III.2:2) Si compartes con él esa creencia, la razón será incapaz de ver tus errores y despejar el camino hacia su corrección.

Nuestro error es elegir creer en la realidad de la separación, lo que significa

creer en la realidad del pecado. La razón deshace este error simplemente al

hacernos ver la decisión equivocada para que podamos elegir de nuevo.

Sabemos ahora que el ego creó un mundo de formas para cegarnos al contenido de la mente del pecado: si no lo vemos, nunca podremos cambiar

nuestra mente al respecto. Esta estrategia incluye la creencia de que no podemos aprender este curso.

Comprender el pensamiento del ego también nos ayuda a ver por qué estamos tan aferrados a la forma, a la percepción mundo de los cuerpos, y

por qué estamos tan tentados a arrastrar a Un Curso de Milagros al mundo.

Además, queremos hacer de Jesús un maestro de este mundo en lugar de

seguir su verdadera enseñanza: tomar su mano amorosa y salir del mundo

de los sueños por completo, del cuerpo y de la mente. Al creer en el ego,

somos capaces de preservar nuestra identidad especial y única negándonos

a ver la ilusión como una ilusión, como la razón seguramente lo haría:

(III.2:3) Pues la razón ve más allá de los errores y te dice que lo que pensabas que era real no lo es.

El miedo de nuestro ego es que, si volvemos a la mente correcta, Jesús querrá que reconozcamos que nuestra creencia en la separación y el pecado,

como así también en el universo fenoménico, es un simple error y que se

deshace fácilmente. Como leeremos en el libro de ejercicios: “[el milagro]

simplemente contempla la devastación y le recuerda a la mente que lo que

ve es falso” (L-pII.13.1:3). La razón nos hace mirar el error de la mente, enseñándonos que el pensamiento de la separación es una ilusión y el mundo que surgió de ella es una alucinación. Muy simple,

parafraseando a

Gertrude Stein, una ilusión es una ilusión es una ilusión.

(III.2:4-8) La razón puede reconocer la diferencia entre el pecado y el error porque desea la corrección. Te dice, por lo tanto, que lo que

pensabas que era incorregible puede ser corregido, y que, por consiguiente, tuvo que haber sido un error. La oposición del ego a la corrección conduce a su creencia fija en el pecado y a desentenderse de

los errores. No ve nada que pueda ser corregido. El ego, por lo tanto, condena y la razón salva.

Recuerda nuestras discusiones anteriores sobre el pecado y el error (por

ejemplo, T-19.II,III). Lo último que quiere el ego es que el error del Hijo de

elegirlo a él, se corrija y se deshaga. Introduce su estrategia de la ausencia

de la mente, la cual hace que el pecado sea irrevocable y que sea imposible

que el Hijo elija nunca contra él. En esto está condenado para siempre a una

existencia de dolor, sufrimiento y muerte, exactamente lo contrario de la

salvación ofrecida por la razón, una suave corrección por parte del milagro.

(III.3:2) El pecado es un obstáculo que se alza como un formidable portón – cerrado con candado y sin llave – en medio del camino hacia la paz.

Mientras creamos en la realidad del pecado, afirmamos que el Cielo es una

mentira, como lo es la Expiación, porque mantenemos que la separación de

nuestra Fuente es verdad. Además, el ego nos dice que nuestro pecado es

tan espantoso que sería mejor que nos alejáramos, “como si de una serpiente venenosa se tratase” (L-pl.93.1:2). Al escuchar al ego, nos vemos

llevados a pensar en el pecado como un bloque de granito sólido que nos

impide volver a la mente, donde seguramente encontraríamos la Expiación

y la paz. De hecho, la creencia en el pecado no puede sino impulsarnos a

abandonar la mente, el lugar del ego, y vivir en el mundo de los cuerpos

para que podamos ver el pecado a nuestro alrededor, pero nunca dentro nuestro.

(III.3:3) Nadie que lo contemplase sin la ayuda de la razón osaría traspasarlo.

Sin la ayuda de la razón del Espíritu Santo, nunca miraríamos el pecado. La

locura del ego nos dice que, dado que Dios nos destruiría, sería mejor que

escondiéramos la cabeza en las arenas de la forma, como el avestruz, creyendo que no hay pecado. De esta manera, nos decimos a nosotros mismos que estaremos protegidos y seguros.

(III.3:4-6) Los ojos del cuerpo lo ven como si fuese de granito sólido y de un espesor tal que sería una locura intentar atravesarlo. La razón, en cambio, ve fácilmente a través de él, puesto que es un error. La forma que adopta no puede ocultar su vacuidad de los ojos de la razón. Estas declaraciones explican el miedo del ego, y el nuestro, que nos identificamos con su sistema de pensamiento de separación y miedo. Estamos convencidos de que si dejamos a un lado el pecado encontraremos

un maniático y vengativo Dios Que nos matará, y es este pensamiento el

que no queremos mirar de verdad. Sabemos que seguir a Jesús y aprender

su curso significa la desaparición del ego, por lo que elegimos no aprenderlo. Al escuchar la locura en lugar de la razón, nos escondemos detrás de la creencia de nuestra mente en el pecado y luego escondemos la

mente misma al creer en la realidad del mundo externo de las diferencias.

Mientras tanto, el vacío del ego pasa desapercibido y la creencia errónea de

que existimos permanece sin corregir.

(III.4:1-3) La forma del error es lo único que atrae al ego. No trata de ver si esa forma de error tiene significado o no, pues es incapaz de reconocer significados. Todo lo que los ojos del cuerpo pueden ver es una equivocación, un error de percepción, un fragmento distorsionado del todo sin el significado que éste le aportaría.

Ésta es otra forma de explicar por qué no hay grados de dificultad en los

milagros. Cada error, problema, y relación es lo mismo porque su contenido es uno: un intento de ocultar el error original de creer que hay vida fuera de la Mente de Dios. En consecuencia, no importa de qué forma se comete el error porque el contenido de la nada es el mismo: lo que el ego nunca quiere que veamos. Eso oculta el contenido detrás de la forma, por lo que todo lo que vemos es la forma del error (cuerpo), no el error real en sí (mente). Luego luchamos contra la forma, asegurándonos de que nada se resuelva aquí, ya que buscamos y encontramos problemas y soluciones en el mundo sin mente de los cuerpos, el cual no existe.

(III.4:4-7) Sin embargo, cualquier error, sea cual sea su forma, puede ser corregido. El pecado no es sino un error expresado en una forma que el ego venera. El ego quiere conservar todos los errores y convertirlos en pecados. Pues en eso se basa su propia estabilidad, la pesada ancla que ha echado sobre el mundo cambiante que él fabricó; la roca sobre la que edificó su iglesia y donde sus seguidores están condenados a sus cuerpos, al creer que la libertad del cuerpo es la suya propia.

El lenguaje religioso es deliberado, como hemos visto antes. La referencia es a la declaración bíblica donde Jesús le dice a su principal discípulo: "Y

yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia..." (Mateo 16:18a). Nota el juego de palabras, ya que Pedro (Peter)

significa "roca" (rock) en Griego. El punto aquí es que la roca sobre la que

se construye la iglesia del ego es el pecado, porque afirma la realidad del

ego. El pecado es también el comienzo de la estrategia del ego para preservar su identidad. Al sacarnos de nuestras mentes - volviéndonos literalmente locos, presos de engaños y alucinaciones - yendo a un mundo

protegido por cuerpos, el ego nos dice que ahora estaremos libres del pecado y de la culpa, no temiendo más a la ira de Dios. El pecado se percibirá a nuestro alrededor, pero nunca dentro, y a pesar de que nuestros

cuerpos sufren hasta la muerte, Dios finalmente preservará nuestra vida y

castigará a los pecadores quienes nos hicieron estas cosas terribles.

(III.5:3-5) Si lo que la forma oculta es un error, la forma no puede impedir su corrección. Los ojos del cuerpo ven únicamente formas. No pueden ver más allá de aquello para cuya contemplación fueron fabricados. Y fueron fabricados para fijarse en los errores y no ver más allá de ellos.

Hemos explorado esto antes (T-18.IX), donde Jesús enseñó que el ego fabricó el cuerpo para que no vea la culpa de la mente, ni su Expiación. Hecho solo para mirar hacia afuera, el cuerpo solo ve la forma, la cual es

testigo de la realidad del pecado – pero en los cuerpos de los demás, no en

nuestras mentes. Cuando miramos el error y no vemos más allá de él, es

porque lo convertimos en pecado. Sin embargo, mirando más allá del error,

nos damos cuenta de que el muro de granito sólido, la creencia en el pecado, es un velo endeble sin poder para mantenernos alejados de la luz.

La aparente fuerza del pecado proviene sólo de la creencia de la mente en él.

(III.5:6-9) Su percepción es ciertamente extraña, pues sólo pueden ver ilusiones, al no poder ver más allá del bloque de granito del pecado y al

detenerse ante la forma externa de lo que no es nada. Para esta forma distorsionada de visión, el exterior de todas las cosas, el muro que se interpone entre la verdad y tú, es absolutamente real. Mas ¿cómo va a poder ver correctamente una visión que se detiene ante lo que no es nada como si de un sólido muro se tratase? Está restringida por la forma, habiendo sido concebida para garantizar que no perciba nada, excepto la forma.

El mundo es una "forma externa de lo que no es nada", como lo es su

contenido: las ideas no abandonan su fuente. La forma del mundo refleja la nada del ego del pecado y la culpa. Esta simplicidad metafísica descarta el universo físico como una nada que esconde la nada que es su fuente. Además, ya que nuestros ojos solo ven la nada, nosotros percibimos la nada como algo, cumpliendo el propósito del cuerpo de hacer que las ilusiones parezcan tangibles y reales. Esto no es ver: (III.6:1-2) Esos ojos, hechos para no ver, jamás podrán ver. Pues la idea que representan nunca se separó de su hacedor, y es su hacedor el que ve a través de ellos. Los ojos nunca verán porque solo ven la ilusión. Dado que no abandonan su fuente en la mente, y el pensamiento de separación y pecado que representan es nada, nuestros ojos literalmente no ven nada, aunque sean testigos del aparente hecho de la realidad del ego. Lo que los ojos parecen ver, el sistema de pensamiento del pecado del ego, es simplemente lo que su "hacedor" (la mente tomadora de decisiones) ve a través de ellos. No hay un cuerpo que pueda ver. (III.6:3-8) ¿Qué otro objetivo tenía su hacedor, salvo el de no ver? Para tal fin, los ojos del cuerpo son los medios perfectos, pero no para ver. Advierte como los ojos del cuerpo se posan en lo exterior sin poder ir más allá de ello. Observa cómo se detienen ante lo que no es nada, incapaces de comprender el significado que se encuentra más allá de la forma. Nada es tan cegador como la percepción de la forma. Pues ver la forma significa que el entendimiento ha quedado velado. Nuestro propósito para el sistema de pensamiento del ego es asegurarnos de que no veamos la verdad sino la falsedad. El mundo expresa en la forma el

contenido subyacente del pecado de la mente, siendo los ojos del cuerpo el medio perfecto para cumplir este objetivo de hacer realidad el error y las ilusiones. La palabra "significado" se refiere al contenido de la mente, y el significado del sistema de pensamiento del ego radica en su defensa contra el significado de Expiación de la mente. Así, el falso significado del ego es una defensa contra el verdadero significado del Espíritu Santo, siendo el mundo la segunda línea de defensa del ego. El entendimiento llega a través de la razón, cuando reconocemos que el mundo fue hecho para servir al propósito del "hacedor" de proteger el sistema de pensamiento del ego -

nuestras identidades separadas - e impedirnos elegir la Expiación. De nuevo, el mundo de la forma nos ciega al pecado que dio origen al mundo, y la creencia en el pecado nos ciega a la razón.

En el siguiente grupo de pasajes, Jesús nos devuelve a la nada del mundo

ilusorio de la forma del ego:

(II.1:5-6) Toda ilusión alberga dolor y sufrimiento entre los tenebrosos pliegues de las pesadas vestiduras tras la que oculta su inexistencia.

Sin

embargo, esas sombrías y pesadas vestiduras son las que cubren a aquellos que van en pos de ilusiones, y las que los mantienen ocultos del

júbilo de la verdad.

Las "pesadas vestiduras" se refieren al mundo de las formas, nuestros cuerpos y todo lo que apreciamos, siendo su propósito ocultar la nada inherente del ego. Sin embargo, si no nos movemos más allá de la forma

hacia el contenido, del cuerpo hacia la mente, nunca sabremos que el sistema de pensamiento del ego no es nada. Como hemos aprendido, es por

eso que el ego concibió su brillante estrategia de hacer un universo de

formas, siendo este una defensa de la nada para protegernos de la nada, y de que nuestras mentes elijan la Totalidad. A esto le sigue que cualquier gozo que asociemos con los cuerpos es realmente su opuesto; si creemos que el cuerpo puede dar placer, también nos dará dolor (T-19.IV-A.17:10-12; IVB.12). Cuando hicimos del cuerpo un objeto de satisfacción, reforzamos nuestra necesidad de que el cuerpo nos proteja del amor. Esta separación de la alegría del amor – es decir, el especialismo – es la fuente de todo sufrimiento.

(II.2) La verdad es lo opuesto a las ilusiones porque ofrece dicha. ¿Qué otra cosa sino la dicha podría ser lo opuesto al sufrimiento? Abandonar un tipo de sufrimiento e ir en busca de otro no es un escape. Cambiar una ilusión por otra no es realmente un cambio. Tratar de encontrar felicidad en el sufrimiento es una insensatez, pues, ¿cómo se iba a poder

encontrar felicidad en el sufrimiento? Lo único que se puede hacer en el tenebroso mundo del sufrimiento es seleccionar algunos aspectos de él, verlos como si fuesen diferentes y luego definir la diferencia como felicidad. Percibir una diferencia donde no la hay, no obstante, realmente no cambia nada.

Observa la hábil estratagema del ego en acción, convenciéndonos de que

podemos encontrar dicha en un lugar desdichado (T-6.II.6:1). Entonces reprimimos nuestra miseria, proyectamos su causa de culpa en los demás y

obtenemos dicha por el cumplimiento de nuestras relaciones especiales

diferenciadoras de amor y odio. La verdadera dicha llega solo cuando descartamos las ilusiones por completo, ya no esforzándonos inútilmente

por elegir entre ellas, sino aceptando la verdad de su inherente nada. Tal

aceptación permite que la visión de la igualdad sea nuestra única verdad en

el mundo de la ilusión.

(II.3:1-3) Lo único que hacen las ilusiones es ocasionar culpabilidad,

sufrimiento, enfermedad y muerte a sus creyentes. La forma en que las ilusiones se aceptan es irrelevante. A los ojos de la razón, ninguna forma de sufrimiento se puede confundir con la dicha. Jesús vuelve a este tema en marcha en su sinfonía. Todas las ilusiones – cualquier cosa que considere-mos verdadera en el mundo de la percepción – comparte y refuerza el contenido de la culpa y el sufrimiento, la enfermedad y la muerte. No importa si vienen en una forma que llamamos hermosa, santa y placentera, o fea, pecaminosa y dolorosa, porque el cuerpo no siente dicha ni desdicha. Al ser nada, no es inocente ni pecaminoso, siendo simplemente lo que la mente le dice que sea. (II.3:4-10) La dicha es eterna. Puedes estar completamente seguro de que todo lo que aparenta ser felicidad y no es duradero es realmente miedo. La dicha no se convierte en pesar, pues lo eterno no puede cambiar, pero el pesar puede volverse dicha, pues el tiempo cede ante lo eterno. Únicamente lo eterno permanece inmutable, pero todo lo que se encuentra en el tiempo puede cambiar con el paso de éste. No obstante, para que el cambio sea real y no imaginado, las ilusiones tienen que ceder ante la verdad y no ante otros sueños igualmente irreales. Eso no sería diferente. El criterio del Curso para la verdad es que no cambia nunca, lo que significa que lo único valioso aquí sería un aspecto reflejado de esta verdad (Lpl.133.6); es decir, el perdón. Como dice más arriba, Jesús descarta todo especialismo como irreal, ya sea en forma de felicidad o tristeza. Nos pide que llevemos nuestros dolores ilusorios y dichas pasajeras a la verdad inmutable del amor del Cielo, el cual se refleja en el sueño en él y en sus

enseñanzas de intereses compartidos. Solo entonces se podrá abrir la puerta a la dicha duradera hasta el final del sueño y nuestro regreso a casa. (II.4:1) La razón te diría que la única manera de escaparte del sufrimiento es reconociéndolo y tomando el camino opuesto. El ego teme al Espíritu Santo y se esfuerza por arrastrarlo de la mente al mundo, sabiendo que, si volvemos a la mente y escuchamos la voz de la razón, dejando que nos enseñe el significado de la verdad, elegiremos contra el ego y su miseria. Para corregir nuestro error, la razón (el pensamiento de mentalidad-correcta) nos dice que tomemos "el camino opuesto" invirtiendo nuestra identificación con el sistema de pensamiento de culpa del ego y poniendo nuestra fe en el perdón del Espíritu Santo. Esto es una reminiscencia de la línea en el Rey Lear cuando el rey, luchando contra su creciente locura, entra en el brezo con el tonto y Kent, sus amigos de confianza. Afuera se desata una tormenta, que simboliza la tormenta en la mente de Lear mientras comienza a quejarse de sus dos hijas infieles. De repente se detiene, diciendo: "¡Ah, esto lleva a la locura!" (III,iv), lo cual representa el inicio de su viaje de regreso de la locura a la cordura. Jesús también nos dice sobre nuestra elección por el ego: "¡Ah, esto lleva a la locura! Debes tomar el camino opuesto". El ego responde diciendo que, si lo hacemos, perderemos el ser glorioso que creemos que somos. Escuchamos su voz y continuamente nos alejamos de la razón, buscando arrastrarla a la locura. Nosotros intentamos, por ejemplo, traer a Jesús y su curso al sueño pidiéndoles ayuda con los cuerpos, temiendo al perdón de la mente correcta que nos devuelve a la mente tomadora de decisiones. (II.4:2-3) Toda verdad es lo mismo y todo sufrimiento es lo mismo

también, pero ambos son diferentes entre sí desde cualquier punto de vista, en toda circunstancia y sin excepción. Creer que puede haber una sola excepción es confundir lo que es lo mismo con lo que es diferente. Los sistemas de pensamiento del ego y del Espíritu Santo son consistentes en sí mismos, pero mutua-mente excluyentes el uno del otro. Cada aspecto del primero habla de separación y ataque, mientras que el segundo refleja solo la unidad y el perdón: todas las relaciones especiales fragmentan y separan el amor enfatizando la culpa, mientras que la relación santa une al Hijo de Dios en su propósito común de despertar. En otras palabras, el ego se diferencia continuamente entre los miembros de la Filiación, mientras que el Espíritu Santo ve a todos como iguales. No puede haber excepciones en la naturaleza absoluta de la verdad y de la ilusión, amor y odio; no podemos tener un poco de Cielo en el infierno, ni un poco de infierno en el Cielo (M-13.7).

(II.4:4-7) Una sola ilusión que se abrigue y se defienda contra la verdad priva a ésta de todo significado y hace que todas las ilusiones sean reales. Tal es el poder de la creencia, la cual es incapaz de transigir. Y la

fe en la inocencia sería fe en el pecado si la creencia excluyera una sola cosa viviente y le negase la bendición de su perdón.

El tema de que no puede haber excepciones a la verdad es un tema destacado en esta parte del texto. Si nuestro deseo de volver a casa a través

del perdón es real, nadie puede ser excluido. El sistema de pensamiento de

la curación debe abarcar a todas las personas, de lo contrario no abraza a

nadie. Dado que el amor es total, su forma terrenal o su reflejo, el perdón,

también debe ser total, de lo contrario no es genuino. Aquí radica la dificultad del ego con este curso: todo debe estar incluido en nuestro perdón porque Dios incluye todo en Su Amor. El poder de nuestra fe, en el ego o en el Espíritu Santo, radica en el hecho de que es todo o nada. La transigencia no es posible aquí, porque perdonamos a todas las personas o no perdonamos a ninguna. Odiar incluso a una persona significa que las odiamos a todas; la parte contiene al todo, porque la mente del Hijo de Dios es una.

(II.5:2) El ego te asegura ahora que es imposible que puedas ver a nadie libre de culpa.

El ego nos concede permiso para exonerar a algunas personas de nuestros juicios, pero nos dice que es imposible no ver la culpa en alguna parte de alguien. Negar este "hecho" es negar el ego mismo, ya que sin culpa no puede sobrevivir. No tenemos otro recurso, entonces, que atacar para preservar nuestro ser especial.

(II.5:3) Y si esta manera de ver es la única que puede liberarte de la culpabilidad, entonces la creencia en el pecado no puede sino ser eterna.

La única manera de escapar de la culpa es proyectarla – al menos en una persona. Esto es suficiente para hacer real el sistema de pensamiento de la separación, que hace que el pecado sea eterno y que el Amor de Dios sea finito y temporal. Esta es la razón por la que es tan difícil dejar de lado todos los resentimientos. Los estudiantes del Curso pueden llegar a ser competentes en la liberación de juicios porque el "libro santo" les dice que deben hacerlo, pero a menudo no reconocen el alcance total de sus enseñanzas. Ningún objeto de percepción – persona, lugar o cosa – puede

estar exento del perdón si queremos ser sanados. Hacer excepciones no nos convierte en pecadores, pero sí significa que nuestra curación es incompleta. Jesús quiere que veamos que el perdón parcial mantiene el pecado real y lo establece como nuestra realidad eterna, que es el propósito oculto del ego; incluso cuando el cuerpo muere, la conciencia individual sobrevive. Y así conservamos nuestra ilusión de resentimientos justificados y la creencia de que la existencia separada es real.

(V.1:1-4) ¿Cómo se superan las ilusiones? Ciertamente no mediante el uso de la fuerza o de la ira, ni oponiéndose a ellas en modo alguno. Se superan dejando simplemente que la razón te diga que las ilusiones contradicen la realidad. Las ilusiones se oponen a lo que no puede sino ser verdad.

Siempre que nos oponemos a algo – país, grupo, persona o sistema de pensamiento – le damos una realidad que no tiene. Este es el entendimiento del Curso de la declaración bíblica: "No resistáis al que es malo" (Mateo 5:39). Al resistir al ego o luchar contra él, lo convertimos en un enemigo real. Sin embargo, adelantándonos al Capítulo 23, nos damos cuenta de que esto es solo una guerra contra nosotros mismos. Hacemos que parezca que estamos en guerra con otra persona, pero como nada existe fuera de la mente, el conflicto solo puede ser un asunto interno: ilusiones luchando entre sí, como resultado inevitable de toda oposición.

Superamos estas aparentes ilusiones de conflicto permitiendo que la razón nos diga que contradicen la realidad. Esto refleja el tema de mirar al ego, reconociendo que no puede ser real o poderoso porque se opone a la verdad; por tanto, no puede tener ningún impacto en nuestra realidad como espíritu.

Si algo se opone a la verdad, no puede ser real, porque la verdad no tiene opuesto: no hay verdad e ilusión, sólo verdad. Podemos creer en lo que no es real, pero nuestra creencia no puede establecer su realidad. Por eso debemos mirar la ilusión y darnos cuenta de su naturaleza, mirando más allá de la forma al contenido, el pensamiento imposible que dice que es posible existir aparte de nuestro Creador y Fuente. El trabajo de Jesús como nuestro maestro es convencernos de que no queremos vivir apartados de su verdad. Creemos que así lo hacemos e intentamos arrastrar su amor al mundo, creyendo en nuestra locura que podemos tener ambos. Pero, de nuevo, creer en ilusiones no tiene ningún efecto sobre la verdad de nuestro Ser. (V.1:5-6) La oposición procede de ellas, no de la realidad. La realidad no se opone a nada. La oposición proviene de una ilusión que lucha contra otra. ¿Cómo puede la realidad oponerse a lo que no existe? Perdonar de verdad significa estar indefenso, porque no tiene sentido defenderse de nada. Esto no significa, sin embargo, que literalmente dejamos que la gente nos ataque a nosotros o a nuestros seres queridos. Siempre es importante entender que Jesús habla de contenido, no de forma. Recuerda: "Este es un curso acerca de causas [mente], no de efectos [cuerpo]" (T-21.VII.7:8). Dado que no se trata de comporta-miento, Jesús no habla de estar a la defensiva o indefenso en el contexto de los cuerpos, sino solo en el contexto del sistema de pensamiento de la mente. Como el perdón es un pensamiento que puede dar lugar a una acción, podemos comportarnos de una manera que parece

defensiva, pero si nuestra acción amorosa proviene de la razón, no puede

haber ataque ni oposición. Ahí solo habría paz y bondad, independientemente de las apariencias. Nuevamente: "Nada es tan cegador

como percepción de la forma" (T-22.III.6:7).

(V.1:7-12) Lo que simplemente "es" no necesita defensa ni ofrece ninguna. Sólo las ilusiones necesitan defensa debido a su debilidad.

Mas

¿cómo podría ser difícil recorrer el camino de la verdad cuando la debilidad es el único obstáculo? Tú eres el fuerte en este aparente conflicto y no necesitas ninguna defensa. Tampoco deseas nada que necesite defensa, pues cualquier cosa que necesite defensa te debilitará.

Este tú es nuestro Ser, que más precisamente en este contexto representa a

nuestro tomador de decisiones eligiendo ese Ser. En esta elección por la

mentalidad-correcta reside nuestro verdadero poder y fuerza. Es lo que se

enseña en la Lección 135: "Si me defendiendo he sido atacado". Nos autoatacamos al vernos a nosotros mismos como niños vulnerables de la culpa,

mientras que los niños del amor no necesitan defensa contra las ilusiones de

su realidad. Solo los débiles necesitan oponerse y vencer en aparentes demostraciones de fuerza.

(V.2) Examina para qué deseas las defensas del ego, y verás que siempre es para justificar lo que va en contra de la verdad, lo que se esfuma en presencia de la razón y lo que no tiene sentido. ¿Puede esto acaso estar justificado? ¿Qué otra cosa podría ser, sino una invitación a la demencia para que te salve de la verdad? ¿Y de qué se te salvaría, sino de lo que temes? La creencia en el pecado requiere constante defensa, y a un costo exorbitante. Es preciso combatir y sacrificar todo lo que el Espíritu Santo te ofrece. Pues el pecado está tallado en un bloque que fue arrancado de tu paz y colocado entre el retorno de ésta y tú.

Aquí, al describir el sistema de pensamiento del pecado del ego, hay otro

ejemplo de Jesús exponiendo la estrategia del ego. El mundo surgió como un medio para proteger esta creencia en el pecado, la cual tiene un costo exorbitante para nosotros porque perdemos la conciencia de nuestra Identidad. Jesús nos recuerda que el mundo es una defensa, cuyo único propósito es evitar que miremos la decisión de la mente por el pecado, lo que nos permitiría corregir el error y volver a casa. Para preservarse, el ego se ha defendido contra el sistema de pensamiento de Expiación del Espíritu Santo, sacrificando Su Amor para poder sobrevivir. De todas sus defensas, ninguna es más insidiosa que la relación especial, nuestro próximo tema.

Las relaciones especiales.

(VI.11:1-2) ¿Quién puede atacar al Hijo de Dios y no atacar a su Padre? ¿Cómo iba a ser el Hijo de Dios débil, frágil y fácil de destruir a menos que su Padre también lo fuese?

Jesús nos ha mostrado que todo lo que hacemos que nos hace débiles, vulnerables y necesitados es un ataque a Dios, ya que la Mente de Dios y la

de Su Hijo son una. Este tema vuelve en el Capítulo 23 y está relacionado

con su pregunta anterior, "Si percibieses la relación especial como un triunfo sobre Dios, ¿la desearías?" (T-16.V.10:1). Jesús nos pide que integremos el principio de que el mundo fue fabricado como un acto de agresión contra Dios – una defensa contra Su Amor – al tener nuestras relaciones especiales en marcha y viendo que su propósito final es el mismo. Él continúa:

(VI.11:3) ¿No te das cuenta de que cada pecado y cada condenación que

percibes y justificas es un ataque contra tu Padre?

Dado que no hay nada más que la perfecta Unidad y el Amor de Dios, es un

ataque contra Él decir que hay un mundo que satisface nuestras necesidades, o del que necesitamos escapar. El ego afirma que la unidad es

una mentira, que la separación es la realidad, y que las defensas son necesarias contra el pecado que negamos en nosotros mismos, pero que

percibimos en los demás. En este loco sistema de pensamiento, el amor está

desterrado y no tiene lugar.

(VI.11:4-7) Por eso es por lo que el ataque no ha tenido lugar ni puede ser real. No te percatas de que ésa ha sido tu intención porque crees que

el Padre y el Hijo están separados. Y no puedes sino pensar que están separados, debido al miedo. Pues parece menos arriesgado atacar a otro o atacarte a ti mismo que atacar al gran Creador del universo, Cuyo poder conoces.

El ego nos dice que si permanecemos en la mente seremos destruidos, nuestro ataque a Dios lo convierte a Él en el enemigo Que busca destruirnos

(el campo de batalla en el gráfico). El ego nos impulsa aún más a negar el

pecado y a proyectar un mundo con el que creemos que estamos en guerra,

pero al menos no es con Dios. Es un intento masivo de evitar que volvamos

a la mente, porque si miramos dentro, la razón nos diría no hay campo de

batalla: no pasó nada – no hay separación, no hay pecado, no hay un Padre

iracundo. La absoluta locura del sistema de pensamiento del ego es que el

mundo en el que nos esforzamos por sobrevivir, el hogar de nuestras relaciones, es una defensa contra el pensamiento del pecado de la mente, el

cual ni siquiera existe.

(VI.12:1-2) Si fueses uno con Dios y reconocieses esa unidad, sabrías que Su poder te pertenece. Mas no podrás recordar esto mientras creas

que el ataque, de la clase que sea, tiene sentido.

Atacamos continuamente porque no queremos recordar la Unidad de Dios.

Este es el propósito del ego para construir su sistema de pensamiento de

ataque (pecado, culpa y miedo) y un mundo proyectado de ataque.

Esto

también explica nuestra rapidez para juzgar, criticar y encontrar fallas en los

demás y en nosotros mismos, todas formas diferentes de un solo contenido

que se basa en el miedo a recordar el Amor en el que no puede haber ataque

ni separación.

(VI.12:3-10) Ninguna clase de ataque está justificado porque no tiene sentido. De la única manera en que el ataque se podría justificar es si tú

y tu hermano estuvieseis realmente separados el uno del otro, y todo el

mundo estuviese separado del Creador. Pues sólo entonces sería posible

atacar una parte de la creación sin atacarla a todo ella; atacar al Hijo sin atacar al Padre; atacar a otro sin atacarte a ti mismo o herirte a ti mismo sin que otro sufriese dolor. Sin embargo, no te quieres deshacer de esa creencia. Mas ¿dónde reside su valor, sin en el deseo de poder atacar impunemente? El ataque no es ni peligroso ni inocuo.

Sencillamente es imposible. Y esto es así porque el universo es uno.

No podemos estar seguros atacando a otros, y nuestro miedo al ataque nunca puede justificarse a menos que el mundo separado sea real.

Estamos

cegados a la irrealdad de tal mundo por nuestras percepciones de la forma,

porque más allá de estas proyecciones está la Expiación, la cual refleja la

Unidad de Dios y Su creación que hace imposible la separación y el ataque.

Su simple verdad significa que las diferencias entre los miembros de la Filiación que hacen posible el ataque, si no deseable, no existen. Este feliz

hecho marca el final del sistema de pensamiento de especialismo del ego, el

mayor temor del ego.

(VI.12:11) No elegirías atacar su realidad si no fuese porque para poder verlo separado de su hacedor es esencial atacar.

El hacedor es la mente y el ataque se percibe en el cuerpo porque creemos que las ideas pueden abandonar su fuente. Entonces se experimenta nuestra creencia llena de culpa en el sistema de pensamiento de separación y ataque del ego en el mundo físico proyectado como dolor, sufrimiento y muerte. Dado que el ego es una ilusión, sólo puede dar lugar a una defensa ilusoria - las ideas no abandonan su fuente; la Unidad del Cielo permanece inmaculada y plena, completa y pura. (VI.12:12-13:2) Y así parece como si el amor pudiese atacar y volverse temible. Sólo los que son diferentes pueden atacar. Y de ahí deduces que puedes atacar, debes ser diferente de tu hermano. Estas importantes líneas transmiten que el sistema de pensamiento del ego, junto con nuestra identidad individual, comenzaron con la idea de que Dios y Su Hijo eran diferentes. Él tenía algo que queríamos, y como no quería dárnoslo, lo tomamos para nosotros. En nuestro engaño nos convertimos en el Creador, diferente de nuestro verdadero Creador y Fuente. Antes de que tomáramos el asunto en nuestras propias manos, Él tenía el poder de crear y nosotros no; ahora lo tenemos nosotros y Él no, un resultado que Su Amor no toma a la ligera en nuestro sueño. En defensa contra la percibida ira de Dios y la necesidad de venganza, proyectamos el pensamiento original de separación y diferencias, haciendo un mundo diferenciado en el que todas las cosas estaban separadas de todas las demás. "Nada es tan cegador como la percepción de la forma" (T-22.III.6:7) porque las formas establecen

diferencias, las cuales desmienten nuestra igualdad intrínseca dentro del sistema de pensamiento de fragmentación del ego. Claramente, esto también es un ataque a nuestra unidad intrínseca como Hijo de Dios: seguimos siendo uno en la locura, y uno en la razón y en el espíritu. Nuestra negación de este hecho se ve en cómo el mundo continúa prosperando en los ataques y victimización, reforzando la creencia en la aparente realidad de la existencia diferenciada y en la irrealidad de la perfecta Unidad del Cielo.

(VI.13:3-7) Sin embargo, el Espíritu Santo explica esto de otra manera. No puedes atacar precisa-mente porque no eres diferente de tu hermano. Cualquiera de esas dos posturas es una conclusión lógica. Cualquiera de ellas puede ser aceptada, pero no ambas. La única pregunta que necesita contestarse a fin de decidir cuál de las dos es verdad, es si en realidad tú eres diferente de tu hermano.

En el sistema de pensamiento del Espíritu Santo, mutuamente excluyente del del ego, pero compartiendo su coherencia, no podemos atacarnos porque no somos diferentes. Él, por lo tanto, ve de otra manera que el ego,

ya que el ataque es un pensamiento delirante. Aun así, el ego se esfuerza poderosamente por probar lo diferentes que somos. Fabricó su sueño para ser testigo de la verdad de la diferenciación, nuestros cuerpos siendo fragmentos sombríos del estado diferenciado de Dios y Su Hijo. El que todos tenemos diferentes huellas dactilares es un ejemplo del estado irreal

de diferencias que el ego fabricó para defenderse de la igualdad de la mente dividida en la ilusión y en la unidad de la Mente en la realidad.

(VI.13:8-9) Desde el punto de vista de lo que entiendes parece que lo eres, y, por lo tanto, que puedes atacar. De ambas alternativas, ésta parece la más natural y la más afín a tu experiencia.

Este es el propósito de nuestra experiencia corporal de las diferencias, en la

que somos víctimas de fuerzas incontrolables que emanan de un mundo cruel e insensible. En este mundo de ataque, el cual justifica nuestros contraataques, esto es lo que parece natural, no el perdón. Este es nuestro marco de referencia dentro del cual experimentamos y comprendemos lo que ni siquiera está ahí para ser experimentado y comprendido. Veamos ahora un párrafo de la Introducción del capítulo que describe las relaciones especiales/no santas en el contexto de la creencia de la mente en las diferencias y el ataque:

(In.2:1-5) ¿Quién tiene necesidad de pecado? Únicamente los que deambulan por su cuenta y en soledad, creyendo que sus hermanos son diferentes de ellos. Es esta diferencia, que aunque es visible no es real, lo que hace que el pecado, que si bien no es real es visible, parezca estar justificado. Todo esto sería real si el pecado lo fuese. Pues una relación no santa se basa en diferencias y en que cada uno piense que el otro tiene lo que a él le falta. Estamos solos y en soledad porque creemos que nos hemos separado del amor, alienados para siempre de nuestro Creador y nuestro Ser. Proyectamos este percibido pecado de separación en el mundo, y la percepción de diferencias – la relación especial – demuestra la realidad del pecado: otros han pecado contra nosotros al tomar la inocencia que es legítimamente nuestra. Ya hemos comentado que el origen de esta loca proyección es la creencia de que Dios tiene algo que nos falta, algo que queremos, y volveremos a esta dinámica de uno u otro con las leyes del caos en el Capítulo 23.

(In.2:6-7) Se juntan, cada uno con el propósito de completarse a sí mismo robando al otro. Siguen juntos hasta que piensan que ya no queda nada más por robar, y luego se separan. Vimos esta dinámica descrita anteriormente (T-16.V): robamos lo que

necesitamos a los demás, apoderándonos de su ser para completar el nuestro; ellos, naturalmente, nos hacen exactamente lo mismo. Jesús está describiendo a animales que buscan alimentarse de cadáveres hasta que se sacian y luego pasan a la siguiente víctima. Somos esos "hambrientos perros del miedo" (T-19.IV-A.15:6) que se deleitan con la inocencia especial que robamos a los demás y la hacemos nuestra. Cuando ya no hay más especialismo, el cadáver recogido se descarta y "siempre es posible encontrar otro" (L-pl.170.8:7). Continuamente nos estamos alimentando de alguien para satisfacer nuestra insaciable necesidad de especialismo, el intento vicioso y mal-adaptativo del ego de negar nuestra soledad y el estar solos, y ocultando el dolor detrás de las ilusiones pasajeras de alegría y triunfo.

(In.2:8) Y así, vagan por un mundo de extraños, distintos de ellos, viviendo tal vez con los cuerpos de esos extraños bajo un mismo techo que a ninguno da cobijo; en la misma habitación y, sin embargo, a todo un mundo de distancia.

Creemos que estamos juntos porque nuestros cuerpos lo están, pero permanecemos solos. Nuestro punto de partida es la creencia de que estamos separados de los demás y necesitamos diferentes cuerpos para llenar el vacío en la mente que la ilusión de especialismo puede cubrir, pero nunca curar. El dolor de nuestro estado alienado permanece presente, obligándonos continuamente a buscar cuerpos en el intento mágico de aliviar una miseria que no puede ser deshecha, salvo mediante un cambio de mente.

(I.1:2) Si atacas a quien Dios quiere sanar y odias a quien Él ama, entonces tú y tu Creador tenéis voluntades diferentes.

La diferenciación que hacemos real entre nosotros es el oscuro fragmento de la diferenciación que hicimos real entre Dios y Su Hijo. Nuestros socios

especiales de amor y odio, los que amamos odiar, fortalecen el sistema de pensamiento delirante que se basa en la creencia de que nuestra voluntad es diferente de la de Dios.

(I.1:3-5) Pero sí tú eres Su Voluntad, entonces debes creer que tú no eres quién eres. Puedes ciertamente creer esto y, de hecho, lo crees. Y tienes fe en ello y encuentras muchas pruebas a su favor.

Recuerda esta importante variación del principio de Expiación: somos libres

de creer en la mentira de la separación, en el loco sistema de pensamiento

que surgió de ella, y en el mundo que proporciona evidencia de ella, sin

embargo, no podemos hacerlos realidad. Mientras nuestra realidad como

Cristo – una extensión de la Voluntad de Dios – permanece sin ser atacada

por los engaños y alucinaciones del ego, nunca reconoceremos la pura locura del ego mientras no tengamos mente, porque la mente no solo es el

lugar de la locura, sino que también es el hogar de la razón:

(I.2:3-12) La razón te diría que es imposible que el mundo que ves a través de ojos que no son los tuyos tenga sentido para ti. ¿A quién le devolvería sus mensajes esta forma de ver? Ciertamente no a ti, cuya visión es totalmente independiente de los ojos que contemplan el mundo. Si ésta no es tu visión, ¿qué podría mostrarte? El cerebro no puede interpretar lo que tu visión ve. Esto tú lo puedes comprender. El cerebro interpreta para el cuerpo del que forma parte. Tú no puedes comprender lo que dice. Sin embargo, lo has escuchado. Y te has esforzado durante mucho tiempo por entender sus mensajes.

Jesús vuelve a dirigir su luz sanadora hacia el cuerpo. Cuando nuestras mentes se unen al ego, le dicen al cuerpo qué ver y qué hacer. La razón

expone el subterfugio del ego, pero elegimos no entenderlo porque por este

motivo se disolvería el sistema de pensamiento del ego junto con nuestro yo

especial. La necesidad de auto-preservación nos impulsa a ver lo que no

hay, interpretando las alucinaciones con la idea delirante de que lo que "vemos" y "comprendemos" es significativo.

El uso del tú en este pasaje puede resultar confuso. Ahí está el tú de mentalidad-correcta, elegido por el tomador de decisiones que ve a través

de la visión de Cristo. Está el tú de mentalidad-errada, también elegido por

el tomador de decisiones, que entiende los mensajes dementes del ego, lo

cual significa que no entiende nada. Lo importante aquí es la distinción hecha entre el tú que pensamos que somos – un yo físico y psicológico sin

poder de elegir – y el tú que somos dentro del sueño: la mente tomadora de

decisiones que pone su fe en el juicio del ego o en la visión del Espíritu Santo.

(I.3:1-3) No te das cuenta de que es imposible que puedas entender lo que nunca puede llegar hasta ti. Jamás has recibido mensaje alguno que hubieses podido entender. Pues has estado prestán-dole oídos a lo que no puede comunicarse en absoluto.

No podemos entender el ego y su proyección corporal porque ambas son

defensas contra la mente correcta. Al creer en el sistema de pensamiento de

la separación que corta la comunicación, hemos sido presa del plan del ego

para evitar que regresemos a la mente tomadora de decisiones que es la

única que puede salvarnos. Este es el ser al que Jesús se dirige en el Curso,

enseñándonos a restaurar la comunicación guiándonos desde la ausencia de

la mente a la plenitud de la mente, el camino del milagro.

(I.3:4-6) Examina, entonces, lo que ha sucedido. Al negar lo que eres, y al estar firmemente convencido de que eres otra cosa, esa "otra cosa" que tú has creído ser se ha convertido en tus ojos. Sin embargo, debe ser esa "otra cosa" la que ve, y al no ser quien tú eres te explica lo que ve.

Nos hemos convertido en "otra cosa", un ser egoísta que cree que ve y oye a

través del cuerpo. Habiéndonos puesto bajo el yugo de un sistema de pensamiento loco, nos hemos convencido de que somos quienes no somos:

efectos de una causa (el cuerpo) que en sí mismo es el efecto de la ausencia

de causa (la creencia de la mente en el pecado). Devolver a la mente su

función de causalidad es el único propósito de Un Curso de Milagros.

(I.3:7-8) Tu verdadera visión haría, por supuesto, que todo esto fuese innecesario. Pero si tus ojos están cerrados y le pides a esa cosa que te dirija y te explique el mundo que ve, no verás razón alguna para no escuchar lo que te dice ni para sospechar que no es verdad.

En el Curso, Jesús intenta convencernos de que lo escuchemos y veamos a

través de su visión. Este es el significado de su punto anterior de que persistimos en preguntarle a la única cosa en todo el universo que no lo

sabe, que nos diga qué es la realidad (T-20.III.7:5-7). Le pedimos al cuerpo

y al cerebro – las proyecciones del ego – que nos hablen sobre la verdad,

cuando su propósito es sólo negarla y mantenerla oculta. No solo eso, al no

saber que somos una mente, no habría razón para sospechar que el cuerpo

está mintiendo y siguiendo los dictados de la madre de todos los mentirosos.

(I.3:9-11) La razón te diría que es imposible que sea verdad porque tú no lo entiendes. Dios no tiene secretos. Él no te conduce por un mundo de sufrimiento, esperando hasta el final de la jornada para decirte por qué razón te hizo pasar por esto.

Esta es una corrección sutil para el Dios bíblico, Quien trabaja de manera

misteriosa, si no sádica. Nos agrada el ego, Su creador, ya que esta extraña

deidad no puede entenderse con la razón. No hace falta decir, que esto nos

impide someter a este Dios loco a la prueba de la razón, porque el ego nos

ha vuelto criaturas sin mentes e irracionales, cerradas a la razón y a la

cordura de la mente correcta. El pasaje anterior también se puede ver como

una referencia al "sueño secreto" de culpa del ego (T-27.VII.11-12), representado en el cuadro de la mentalidad-errada en el gráfico.

(I.4:1-5) ¿Qué podría mantenerse oculto de la Voluntad de Dios? Sin embargo, tú crees tener secretos. ¿Qué podrían ser esos secretos sino otra "voluntad" tuya propia, separada de la Suya? La razón te diría que esto no es un secreto que deba ocultarse como si se tratase de un pecado. Pero ciertamente es un error.

Ciertamente creemos que tenemos secretos, albergando en su base la creencia en nuestro pecado de haber destruido el Cielo. El ego nunca quiere

que miremos dentro de la mente y nos demos cuenta de que no hay nada de

que esconderse, ya que el pecado es simplemente una creencia errónea que

no requiere castigo sino una suave corrección.

(I.4:6) No permitas que tu temor del pecado impida la corrección del error, pues la atracción que ejerce la culpabilidad es sólo miedo.

La "atracción de la culpabilidad" es el tema del primer obstáculo a la paz

(T-19.IV-A.i), donde la necesidad de ver la culpa en los demás nos conduce

en última instancia a temer la retribución por nuestros pecados de ataque.

Al tener un impulso de culpa que nos saca de la mente, y al entrar en el

mundo sin mente de la locura, el ego se asegura que la loca creencia en la

separación y el pecado nunca sea deshecha.

(I.4:7-10) He aquí la única emoción que has inventado, independientemente de lo que aparente ser. He aquí la emoción de los secretos, de los pensamientos privados y del cuerpo. He aquí la emoción

que se opone al amor y que siempre conduce a la percepción de diferencias y a la pérdida de la igualdad. He aquí la única emoción que te mantiene en las tinieblas, dependiente de este otro ser que tú crees haber inventado para que te guíe por el mundo que él fabricó para ti.

Independientemente de las formas que adopte el miedo, la única emoción

que hemos inventado, el contenido es el mismo: cegarnos a la fuente del miedo, la decisión de la mente de ser un ego. El miedo al miedo nos ciega aún más al hacer un mundo de especialismo en el que el ego dice que nos guiará, enseñándonos cómo conseguir lo que queremos, haciéndonos fuertes al robarle a otros que son percibidos como diferentes. Además, el ego fabricó el cuerpo para darnos la sensación de que tenemos pensamientos privados que nos mantienen separados, ocultando nuestro secreto culpable de que los demás no son los pecadores, nosotros lo somos. Su propósito es que no veamos que las diferencias del cuerpo no tienen sentido y que somos iguales como mentes. Esta visión nos lleva a recordar la unidad del Hijo de Dios.

El objetivo primordial de Jesús es que regresemos al punto de elección de la mente donde podemos hacer una distinción entre el ser que creemos que somos y el ser tomador de decisiones que realmente somos en la ilusión. Es este ser a quien Jesús dirige su curso, y el tomador de decisiones de la mente es el punto de referencia para todas sus enseñanzas. El tomador de decisiones.

(II.6:1) Esta es una etapa crucial en este curso, pues en este punto tiene que tener lugar una completa separación entre tú y el ego. El milagro nos saca de nuestro concepto de nosotros mismos como figuras corporales en el sueño, y nos devuelve a la mente tomadora de decisiones que eligió quedarse dormida y soñar con un ser separado. Una vez más, el tú es el soñador del sueño, no su protagonista. Podemos escuchar a Jesús

diciéndonos: "Estás comenzando a entender a quién le hablo; no al ser con el que te identificas como cuerpo, sino al ser que lo trasciende como una mente, la parte que ha elegido en mi contra y en favor de la separación del ego. Elijan de nuevo, hermanos míos. Elijan en favor mío y de mi amor".

(II.6:2-5) Pues si ya dispones de los medios para dejar que el propósito del Espíritu Santo se alcance, dichos medios pueden utilizarse. A medida que los utilices, tu fe en ellos será cada vez mayor. Para el ego, sin embargo, eso es imposible, y nadie emprende lo que no ofrece ninguna esperanza de poderse lograr. Tú sabes que lo que la Voluntad de tu Creador dispone es posible, pero aquello que tú inventaste no lo cree.

Jesús nuevamente hace la distinción entre el ser que fabricamos que niega

la realidad de la Unidad de Dios, y el ser de mentalidad-correcta que sabe

que el ego es una mentira. Esta es la parte que el ego intenta que evitemos:

primero sacándonos de la mente, y luego fabricando un mundo que parezca

capturarnos en su especialismo. El elegir perdonar nuestras relaciones especiales, sin embargo, deshace la estratagema del ego y nos devuelve a la

mente que puede decidir en favor de la Expiación y los intereses compartidos, y contra la culpa y los intereses separados del ego.

(II.6:6-7) Ahora tienes que elegir entre ti y lo que es sólo una ilusión de ti. No ambas cosas, sino una sola.

¿Somos tomadores de decisiones que pueden elegir la mente correcta y

recordar la verdadera Identidad del Hijo, o nos identificamos con el ego y

olvidamos que somos los que hicimos esta identificación? Es uno u otro. La

elección es nuestra.

(II.6:8-10) No tiene objeto eludir esta decisión. Hay que tomarla. La fe y la creencia pueden incli-narse hacia cualquiera de estas dos opciones,

pero la razón te dice que el sufrimiento se encuentra únicamente en una de ellas y la dicha en la otra.

Volvemos a citar al Rey Lear "¡Ah, esto lleva a la locura!" (III,iv). Sin embargo, primero debemos reconocer la locura del sistema de pensamiento

del ego y la miseria que proviene de retirar nuestra fe en la razón y de seguir el camino de la locura.

(II.7: 1-6) No abandones a tu hermano ahora, pues vosotros que sois lo mismo no decidiréis por separado ni en forma diferente. Os dais el uno al otro o bien vida o bien muerte; sois cada uno el salvador del otro o su

juez, y os ofrecéis refugio o condenación. Este curso o bien se creará enteramente o no se creará en absoluto. Pues es completamente cierto o

completamente falso, y no puede ser creído sólo parcialmente. Y tú te escaparás enteramente del sufrimiento o no te escaparás en absoluto. Nuestro sublime compositor vuelve a sus temas importantes. El motivo musical de se creará enteramente o no se creará en absoluto es el mismo

que vimos antes: levantamos el velo con nuestro hermano juntos, o no en

absoluto. También es paralela a la declaración de Jesús de que podemos

ofrecernos espinas o azucenas (T-20.I.2) – es uno u otro en el sentido de la

mentalidad-correcta, no en el uso divisivo del ego de este principio.

Necesitamos ver que nuestra alegría proviene de elegir el perdón, mientras

que la miseria es el resultado de decidir por el juicio. Jesús plantea que la

decisión que tenemos ante nosotros es paralela a la famosa declaración de

Moisés a su pueblo, parafraseada aquí: "os he puesto delante la vida y la

muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida"

(Deuteronomio

30:19).

(II.7: 7-8) La razón te dirá que no hay un lugar intermedio donde te puedas detener indeciso, esperando a elegir entre la felicidad del Cielo

o el sufrimiento del infierno. Hasta que no elijas el Cielo, estarás en el infierno abatido por el sufrimiento.

Siempre es uno u otro, sin un estado intermedio posible. Elegimos la relación especial o la santa, y lo que elegimos nos deja en el infierno o nos

devuelve al Cielo.

(IV.1) Cuando llegas al lugar en que la bifurcación del camino resulta evidente, no puedes seguir adelante. Tienes que decidirte por uno de los

dos caminos, pues si sigues delante de la manera en que ibas antes de llegar a este punto, no llegarás a ninguna parte. El único propósito de llegar hasta aquí fue decidir cuál de los dos caminos vas a tomar ahora.

El trayecto que te condujo hasta aquí ya no importa. Ya no tiene ninguna utilidad. Nadie que haya llegado hasta aquí puede decidir equivocada-mente, pero sí puede demorarse. Y no hay momento de la jornada más frustrante y desalentador, que aquel en el que te detienes ahí donde el camino se bifurca, indeciso con respecto a que rumbo seguir.

Este es el lugar en el que estamos. No podemos continuar como lo hemos

hecho, porque hemos progresado demasiado como para no reconocer la

locura del viaje del ego. No obstante, nos encontramos en la bifurcación del

camino, temerosos de aceptar el compromiso que hemos hecho. Las llamadas del Espíritu Santo y el ego son ambas escuchadas, y esperan nuestra decisión. Felizmente, en la mentalidad-correcta el desenlace es tan

seguro como Dios (T-2.III.3:10), como Jesús ahora nos recuerda:

(IV.2) Son sólo los primeros pasos por el camino recto los que parecen ser difíciles, pues ya te has decidido, si bien puede que aún creas que puedes volverte atrás y elegir la otra alternativa. Pero no es así.

Ninguna decisión que se haya tomado y que cuente con el respaldo del poder del Cielo puede ser revocada. Tu camino ya se decidió. Si reconoces esto no habrá nada que no se te diga.

De vez en cuando, Jesús se aparta de su enseñanza formal, como lo hace

aquí, y nos anima a no perder la fe en la decisión de estudiar el Curso y

seguir su guía. Su amor y paz aguardan la aceptación de nuestra decisión

previa, y es sólo cuestión de tiempo hasta que la aceptemos. Hemos llamado y Jesús ha respondido. Solo eso es verdad dentro del sueño. Continuamos examinando lo que implica esta decisión por la mentalidad correcta, repasando el tema de "mirar el ego", uno de los conceptos clave

para comprender la práctica del perdón y la curación de la mente.

Mirar el ego.

(II.9:1-3) Examinemos más de cerca la ilusión de que lo que tú fabricaste tiene el poder de esclavizar a su hacedor. Ésta es la misma creencia que dio lugar a la separación. Es la idea insensata de que los pensamientos pueden abandonar la mente del pensador, ser diferentes de ella y oponerse a ella.

La ilusión es que somos el efecto y el mundo es la causa victimaria. Es decir que las ideas sí abandonan su fuente, la cual es la loca premisa del ego

que establece el pecado como real y lo perpetúa mediante la proyección. El

ego nos ha convencido de que el pensamiento del pecado ha abandonado la

mente y está presente en el mundo, el cual peca contra nosotros. De esta

manera el sueño (cuerpo) se convierte en la causa del soñador (mente),

convirtiéndonos en figuras inocentes en la ilusión de otro.

(II.9:4-6) Si eso fuese cierto, los pensamientos no serían extensiones de

la mente, sino sus enemigos. Aquí vemos nuevamente otra forma de la misma ilusión fundamental que ya hemos examinado muchas veces con

anterioridad. Sólo si fuese posible que el Hijo de Dios pudiera abandonar la Mente de su Padre, hacerse diferente y oponerse a Su Voluntad, sería posible que el falso ser que inventó, y todo lo que éste fabricó, fuesen su amo.

Una vez más, el sistema de pensamiento del ego surgió de nuestra creencia

de que las ideas sí abandonan su fuente: la Idea del Hijo de Dios puede abandonar su Fuente en Su Mente y dejar de ser Su amorosa extensión.

Estos errantes pensamientos parecen oponerse a su Creador, el enemigo al que se le teme al Él haberse convertido en un ego loco, como nosotros. En

otras palabras, la separación descansa en la premisa de que ha sucedido lo imposible: abandonamos a Dios y nos opusimos con éxito a Su Voluntad.

Este pensamiento proyectado parece oponerse a nosotros y ser la causa de nuestro ser temeroso.

(II.10:1) Contempla la gran proyección, pero mírala con la determinación de que tiene que ser sanada, aunque no mediante el temor.

Esta es la función que Jesús continuamente nos pide que aceptemos, la cual

el ego intenta desesperadamente que rechacemos: mirar el mundo como

una proyección. No luchamos contra ella, ni contra nuestra culpa y miedo.

Nosotros simplemente miramos. En palabras que leeremos en el próximo

capítulo (T-23.IV), nos elevamos “por encima del campo de batalla” y miramos hacia abajo sin juzgar. Reconocemos que lo que ven nuestros ojos

refleja la decisión de la mente por el ego, que ahora puede deshacerse fácilmente mediante el perdón.

(II.10:2) Nada que hayas fabricado tiene poder alguno sobre ti, a menos

que todavía quieras estar separado de tu Creador y tener una voluntad que se oponga a la Suya.

La única razón por la que continuamos con la loca creencia de que el mundo puede afectarnos es nuestro deseo de demostrar que la separación es

real. Sostenemos que las personas son responsables de nuestra infelicidad,

los gérmenes de nuestra enfermedad, y el mundo es la fuente de nuestro

placer. Vemos nuestra voluntad como diferente a la de Dios, y a través de la

proyección vemos la voluntad de todos como diferente a la nuestra.
Persistimos en creer que hay un mundo que nos victimiza a nosotros y a los

demás porque esto refuerza el pensamiento de que existimos separados de

Dios, oponiéndonos exitosamente a Su Voluntad.

(II.10:3-7) Pues sólo si crees que Su Hijo puede ser Su enemigo parece entonces posible que lo que has inventado sea asimismo enemigo tuyo.

Prefieres condenar al sufrimiento Su alegría y hacer que Él sea diferente. Sin embargo, al único sufrimiento al que has dado lugar ha sido al tuyo propio. ¿No te alegra saber que nada de eso es cierto? ¿No son buenas nuevas oír que ni una sola de las ilusiones que forjaste ha substituido a la verdad?

Esta no es una buena noticia para nosotros porque si el pasaje anterior fuera

cierto, nuestro ser físico/psicológico no existiría, ni sería verdad la creencia

de que el mundo es la causa de nuestra miseria y alegría.

Afortunadamente,

Jesús es paciente porque conoce nuestro miedo a volver a la mente y nos

pide que aprendamos de su paciencia infinita para que seamos pacientes con

nosotros mismos y con los demás (T-5.VI.11:4-7).

Pasamos a otras dos referencias al tema de "mirar", señalando el protagonismo de este tema en el tapiz sinfónico del texto:

(VI.10:3-8) ¿Crees acaso que la Voluntad de Dios es impotente? ¿Es a eso a lo que llamas humildad? No te das cuenta de lo que esta creencia

ha ocasionado. Te consideras a ti mismo vulnerable, débil, fácil de destruir y a merced de innumerables agresores mucho más fuertes que tú. Examinemos detenidamente cómo fue que surgió este error, pues en

él yace enterrada la pesada ancla que parece mantener vigente, inamovible y sólido como una roca el temor a Dios. Y mientras esa creencia perdure, así parecerá ser.

Jesús quiere que miremos con él cómo nació el ego, viendo la nada inherente del mundo que es una proyección de un pensamiento de nada.

Nos ayuda a entender por qué lo proyectamos y continuamos haciéndolo.

Hasta que miremos el sistema de pensamiento del ego sin sentir culpa, la

idea del pecado permanecerá como una "pesada ancla" que nos arraiga en el

mundo de la separación, aprisionados por la falta de voluntad de la mente

para aceptar la responsabilidad de la "cara de inocencia" (T-31.V.2:6) que

parece sufrir por manos más poderosas que las tuyas.

En el siguiente pasaje, Jesús se refiere al auto-concepto de debilidad y vulnerabilidad al que nos aferramos, enseñándonos cómo ver la tontería

delirante de esta lamentable percepción de nosotros mismos:

(V.4:1-4) ¡Cuán débil es el miedo! ¡Cuán ínfimo e insensato! ¡Cuán insignificante ante la silenciosa fortaleza de aquellos a quienes el amor ha unido! Tal es tu "enemigo": un ratoncillo asustado que pretende enfrentarse al universo.

Esto se refiere a la película clásica de Peter Sellers, "El rugido del ratón".

Todos somos como un ratoncito situado en una esquina del universo, gritando a todo pulmón sin que nadie ni siquiera escuchara su débil voz. No

obstante, este ratón rugiente cree que es todopoderoso porque cree que

destruyó el Cielo. Así, el loco sistema de pensamiento del ego parece omnipotente, y nuestro atrincheramiento en la culpa y el especialismo hace

que nos sea imposible ver su nada. Cuando miramos con los ojos de Jesús,

sin embargo, todos vemos que es un ratón débil, y que su pensamiento trastornado merece sólo una sonrisa amable.

(V.4: 4-9) ¿Qué probabilidades tiene de ganar? ¿Sería acaso difícil ignorar sus débiles chillidos que pregonan su omnipotencia y quieren ahogar el himno de alabanza al Creador que perpetuamente y cual una sola voz entonan todos los corazones del universo? ¿Qué es más fuerte,

ese ratoncillo o todo lo que Dios creó? No es ese ratón lo que te une a tu

hermano, sino la Voluntad de Dios. ¿Y podría un ratón traicionar a quienes Dios ha unido?

Creemos que este pequeño ratón cometió un pecado de separación contra Dios, traicionando Su Amor. Como creemos que lo imposible realmente sucedió, el ego se ha transformado en un león furioso del que necesitamos protección, el cual es el propósito del mundo. En respuesta, Jesús dice estas palabras de consuelo para nosotros, basadas en Mateo 19:6 ("Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre."): "Cuando mires conmigo, te darás cuenta de lo tonta que es la creencia de que un pensamiento insustancial de especialismo puede ser el destructor de los mundos. ¿Dónde quedan entonces, el pecado y la culpa, por no mencionar la necesidad de proyectar un mundo de sufrimiento, dolor y muerte? Tu permaneces para siempre tal como Dios te creó, unido con la Filiación y como uno con tu Fuente". Esta corrección amorosa del sistema de pensamiento delirante del ego es la base de la relación santa, la unión de Hijo e Hijo que deshace la unión de la mente errada entre el Hijo y el ego.

La relación santa.

Dedicamos el resto de este movimiento de nuestra sinfonía a los climas más felices de la relación santa, la antítesis de la relación no santa en la que creemos que nosotros y nuestros hermanos estamos separados y diferenciados entre sí. Aprendemos que vemos a los demás como diferentes porque vemos a Dios como diferente. Sin embargo, en verdad, nosotros y nuestro Creador no estamos separados, porque nosotros – como Cristo, el único Hijo de Dios – estamos unificados en la dichosa unidad de la creación.

(IN.1) Ten piedad de ti mismo, tú que por tanto tiempo has estado esclavizado. Regocíjate de que los que Dios ha unido se han juntado y ya no tienen necesidad de seguir contemplando el pecado por separado.

No es posible que dos individuos puedan contemplar el pecado juntos, pues nunca podrían verlo en el mismo sitio o al mismo tiempo. El pecado es una percepción estrictamente personal, que se ve en el otro,

pero que cada uno cree que está dentro de sí mismo. Y cada uno parece

cometer un error diferente, que el otro no puede comprender.

Hermano, se trata del mismo error, cometido por lo que es lo mismo, y perdonado por su hacedor de igual manera. La santidad de tu relación os perdona a ti y a tu hermano, y cancela los efectos de lo que ambos creísteis y visteis. Y al desaparecer dichos efectos, desaparece también la necesidad del pecado.

En su segunda oración, Jesús regresa a la declaración del evangelio antes

mencionada (Mateo 19:6) que nos recuerda que el Hijo de Dios, unido cual

uno solo con Él, nunca podrá abandonar su Fuente. Esto significa que el

pensamiento de un ser individual y el mundo perceptivo del pecado que

surgió de él no puede ser real. Tal irrealdad se perpetúa en la relación especial, basada en nuestra inocencia ganada a expensas del pecado de otro.

Esta locura se deshace en la relación santa, en la que la percepción de diferencias – el pecado y la inocencia – se lleva a la verdadera percepción

del Espíritu Santo que ve a todas las personas como lo mismo, la visión de

la unidad cuyo reflejo forma la base del perdón y la curación.

(In.3:1-2) La relación santa parte de una premisa diferente. Cada uno ha mirado dentro de sí y no ha visto ninguna insuficiencia.

En la relación especial o no santa, miramos hacia adentro y vemos escasez

y pecado. Nuestra percepción interior es proyectada en el mundo y buscamos en los demás el especialismo que llenaría la carencia antes percibida en nosotros mismos. Sin embargo, siguiendo la guía de Jesús,

miramos hacia adentro a la abundancia del Cielo, y luego la vemos a nuestro alrededor como extensiones de amor o peticiones de amor (T14.X.7:1). Esta relación santa con nuestro hermano mayor infunde a todas

las relaciones su amorosa y misericordiosa bondad, el sello distintivo de la

santidad del Hijo de Dios.

(In.3:3-4) Al aceptar su compleción, desea extenderla uniéndose a otro, tan pleno como él. No ve diferencias entre su ser y el ser del otro, pues las diferencias sólo se dan a nivel del cuerpo.

Los ojos del cuerpo perciben las diferencias, pero nuestras mentes correctas, el hogar de la razón, interpretan las diferencias de manera diferente, viéndolas como meras defensas superficiales que el ego emplea

para probar que la separación es real. Con Jesús a nuestro lado, estas diferencias percibidas inevitablemente nos recuerdan su origen en el ego,

liberándonos para poder hacer otra elección. Reconocemos que detrás de

estas defensas del especialismo está el contenido común de la creencia del

ego, así como la necesidad compartida de despertar de los sueños de miedo

y odio. Con el apoyo de esta visión sanadora, nuestros ojos se abren gradualmente a la realidad de nuestra Unidad en Cristo.

(In.3:5-6) Por lo tanto, no ve nada de lo que quisiera apropiarse. No niega su propia realidad porque ésta es la verdad.

Esto se remonta a la cuarta y última pregunta que queda por contestar: "¿Y

deseo ver aquello que negué porque es la verdad?" (T-21.VII.5:14).

Jesús

está dando a entender que de hecho hemos respondido a su pregunta.

Queremos ver, porque ya no deseamos los regalos de especialismo impulsados por la culpa que nos llevaron a vivir vidas aferrándonos a migajas que nunca podrían satisfacer nuestro anhelo por el amor al que

habíamos renunciado.

(In.3:7-9) Él se encuentra justo debajo del Cielo, pero lo bastante cerca como para no tener que retornar a la tierra. Pues esta relación goza de la Santidad del Cielo. ¿Cuán lejos del hogar puede estar una relación

tan semejante al Cielo?

En la relación santa que nace en el instante santo del perdón, estamos fuera

de los sueños diferenciados de separación al darnos cuenta de que todos son

iguales, al igual que nosotros como Hijos de Dios. Sin esta creencia en la

separación no hay pecado, lo que significa que no hay necesidad de crear un

mundo en el que esconderse del castigo de Dios. Ya no se considera que los

cuerpos nos ofrezcan la protección que necesitamos, ni la percepción que

justificaba que les robemos a otros la inocencia. Aunque no es el Cielo, estamos lo suficientemente lejos ahora como para darnos cuenta de que el

mundo es una ilusión que no queremos, por lo cual nunca volveremos a él y

sus escuálidos regalos de especialismo.

(In.4:1-3) ¡Piensa en lo que una relación santa te podría enseñar! En ella desaparece la creencia en diferencias. En ella la fe en las diferencias

se convierte en fe en la igualdad.

Esto define un tema destacado en este capítulo. No negamos las diferencias

al nivel de la forma, pero no dejamos que nuestras percepciones físicas nos

cieguen a la igualdad subyacente de la mente. No se puede decir lo suficiente como para que siempre que critiquemos a los demás, los usemos

para nuestros propios fines, o directamente los atacemos, que afirmamos

que somos diferentes a todos aquellos que tie-nen el amor y la inocencia

que anhelamos. Además, el ego nos lleva a concluir que, dado que nuestros

socios en el especialismo no nos darán lo que es legítimamente nuestro,

tenemos derecho a quitárselo. Ver el dolor en tal locura es lo que nos

impulsa a buscar al maestro de la santidad y su visión sanadora del perdón:

(In.4:4-8) Y en ella la percepción de diferencias se transforma en visión.

La razón puede ahora llevaros a ti y a tu hermano a la conclusión lógica de vuestra unión. Ésta se tiene que extender, de la misma forma en que vosotros os extendisteis al uniros. La unión tiene que extenderse

más allá de sí misma, tal como vosotros os extendisteis más allá del cuerpo para hacer posible vuestra unión. Y ahora la igualdad que visteis se extiende y elimina finalmente cualquier sensación de diferencia, de modo que la igualdad que yace bajo todas las diferencias

se hace evidente.

Recuerda este tema discutido anteriormente de pasar del juicio a la visión.

Nuestra percepción sanada se extiende a través de la mente para abrazar a

todas las personas en el propósito compartido del perdón. Incluso los pecadores más atroces del mundo comparten la necesidad de despertar del

loco sueño del ego. Algunos viven esta locura de formas socialmente aceptables, mientras que otros no. Claramente, ambos grupos están atacando por igual porque buscan demostrar que tienen razón en sus percepciones diferencia-doras y que Dios está equivocado. Pero “Dios, no

obstante, sabe que eso no es posible” (T-23.I.2:7). Las diferencias en la forma no hacen ninguna diferencia, pero mientras creemos que el mundo es

real y que los cuerpos representan diferencias significativas, estaremos escuchando al ego. No podemos ayudar atacando a otros, ni defendernos de

nuestro temor al castigo de Dios a través del ataque pecaminoso contra Él y

Su inocente y unificado Hijo.

(In.4:9-10) Éste es el círculo áureo en el que reconocéis al Hijo de Dios. Pues lo que nace en una relación santa es imperecedero.

Renacemos en la santidad que ahora reconocemos que es la nuestra, porque

vivimos en el círculo áureo de luz que vimos por última vez en “La canción olvidada” (T-21.I), al que nuestro perdón nos ha llevado gentilmente: la infinita y eterna creación de amor que se extiende más allá de sí misma, el

Hijo que Dios creó uno con Él.

(I.6:1) De todos los mensajes que has recibido y que no has entendido, sólo este curso está al alcance de tu entendimiento y puede ser entendido.

Esto fue originalmente destinado a Helen, Jesús le dijo a ella (y a todos nosotros): “De las muchas cosas que ya te he dicho, o de cualquier otro

mensaje que hayas escuchado, sólo este curso es algo que realmente puedes

entender. Es tu camino específico a casa, dado en un idioma que puedes

reconocer y aceptar”.

(I.6:2-5) Éste es tú idioma. Aún no lo entiendes porque tu comunicación

es todavía como la de un bebé. No se puede dar credibilidad a los balbuceos de un bebé ni a lo que oye, ya que los sonidos tienen un significado diferente para él, según la ocasión. Y ni los sonidos que oye ni las cosas que ve son aún estables.

Continuamos con el tema de nacer en una relación santa. Hemos visto antes

que la inexperiencia de esta relación refleja las primeras etapas del perdón,

razón por la cual Jesús usa las imágenes de la infancia, que describen la

primera conciencia de un bebé sobre el lenguaje y el mundo que lo rodea.

Nuestra inmadurez espiritual requiere entrenamiento y disciplina, porque

todavía tememos demasiado nuestras lecciones, reconociendo intuitivamente que significan el fin de nuestro ser especial.

Necesitamos

recurrir a la bondad de Jesús y a su infinita paciencia para permitirnos el

tiempo para que nuestros miedos se disuelvan en el sistema de pensamiento

estable de la razón y la visión.

(I.6:6-7) Pero lo que oye y todavía no comprende será algún día su lengua materna, a través de la cual se comunicará con los que le rodean

y ellos con él. Y esos seres extraños y cambiantes que se mueven a su alrededor serán quienes lo consuelen, y él reconocerá su hogar y los verá allí junto con él.

Jesús continúa con el paralelo entre nuestra experiencia y la de un infante.

Con el tiempo nos sentiremos cada vez más cómodos con su nuevo sistema

de pensamiento, y cada vez menos temerosos de su amor. Incluso aunque

todavía luchamos por aprender el lenguaje del perdón, este se convertirá en

el marco de nuestra vida. Es importante comprender las imágenes porque

nos ayuda a ser más amables con nosotros mismos, como un padre amoroso

con su bebé, que sabe que a la edad de un mes no va a caminar ni a hablar.

El desarrollo físico y psicológico en el mundo temporal ocurre gradualmente, y es tan seguro como nuestro regreso a casa como una mente

madura y sanada.

(I.7:1-2) Así es como renace en cada relación santa la capacidad de comunicar en vez de la de separar. Mas una relación santa, que apenas acaba de renacer de una relación no santa, y que, sin embargo, es más antigua que la vieja ilusión que acaba de reemplazar, es como un bebé que ahora renaciera.

La capacidad está en la mente porque nosotros elegimos separarnos, pero

Jesús nos asegura que esta capacidad de elegir algún día se empleará para

comunicarnos a través de la relación santa. Esta relación con el Espíritu

Santo es antigua porque se basa en el principio de la Expiación que estaba

en la mente en el comienzo y, sin embargo, nuestra aceptación es todavía

tentativa; de ahí nuestra infancia espiritual.

(I.7:3-5) Pero con este bebé se te devuelve la visión, ya que te hablará en un idioma que podrás entender. Este bebé no se nutre de “aquello otro” que tú creías ser. No fue dado ahí, ni tampoco fue recibido por nada excepto por ti mismo.

Este bebé recién nacido nunca se encontrará con el "aquello otro" del sistema de pensamiento del ego: el cuerpo o cualquiera de los pensamientos

especiales que el mundo aprecia. El infante y su nuevo lenguaje son recordados únicamente a través de la visión de la mente, porque sólo la

Expiación puede ser verdadera-mente recibida, aceptada, y entendida.

(I.7:6) Pues no es posible que dos hermanos se puedan unir, excepto a través de Cristo, Cuya visión los ve como uno.

El ego cree en unirse a través del especialismo, la atracción mutua de la

culpa. Sin embargo, a través de la razón de la visión de Cristo se nos dice

que ya estamos unidos. Todo lo que se necesita es que aceptemos los intereses compartidos que deshacen el mundo diferenciado del sistema de

pensamiento del ego de separación y su unión-para-destruir (ver: S-2.II).

(I.8:1-4) Santo hermano mío, piensa en lo que se te ha dado. Este infante te explicará lo que no entiendes y te lo presentará de una manera muy clara. Pues su idioma no será una lengua extraña. Él no necesitará ningún intérprete para comunicarse contigo, pues fuiste tú quien le enseñó lo que sabe debido a que tú lo sabías.

Esto presagia las imágenes de la Lección 182, donde Jesús se refiere a Cristo renaciendo como un Niño. Aquí él habla de la inexperiencia de nuestra decisión de mentalidad-correcta por la relación santa, siendo el tomador de decisiones el infante. El Hijo de Dios nunca dejó de ser Cristo,

excepto cuando lo haya olvidado. Por lo tanto, necesita aprender acerca su

ser tomador de decisiones para poder elegir la visión que lo despierta a su

verdadero Ser. En verdad, simplemente está aprendiendo lo que ya sabe,

repasando mentalmente lo ocurrido (L-pl.158.4:5) lo que lo devuelve al

Cristo que es su hogar.

(I.8:5-7) Él no habría podido acudir a nadie excepto a ti, nunca a "aquello otro". Donde Cristo ha entrado nadie está solo, pues Él nunca podría encontrar Su morada entre los que creen estar separados. Mas Él tiene que renacer en Su hogar de antaño - tan aparentemente nuevo,

y, sin embargo, tan inmemorial como Él - como un pequeño recién llegado que depende de la santidad de tu relación para sobrevivir.

El infante que es nuestro nuevo ser nunca podría acudir al "aquello otro" del

ego, sino únicamente al tú que es la mente tomadora de decisiones eligiendo

escuchar la voz de la razón. Es por eso que nos mante-nemos a nosotros

misimos separados y a nuestras relaciones como exclusivas. Tememos el

regreso de Cristo a nuestras mentes, porque desterraría el "aquello otro" con

el que nos hemos identificado. Para preservar este falso ser, mantenemos

viva la separación centrándonos en el cuerpo y sus múltiples necesidades. A

pesar de su aparente realidad, el ego se deshace silenciosamente cuando nos

unimos a otro en un propósito común; nuestra relación santa en la forma

que refleja al tomador de decisiones que elige a Jesús como su maestro.

(I.10) He aquí la primera percepción directa que puedes construir. Y la construyes a través de una conciencia que es más antigua que la percepción, y que, sin embargo, renace en un instante. Pues ¿qué es el tiempo para lo que siempre ha sido cómo es? Observa lo que ese instante trajo consigo: el reconocimiento de que "aquello otro" que tú pensabas ser, era sólo una ilusión. Y la verdad brotó instantáneamente,

para mostrarte dónde se encuentra tu Ser. Al negar las ilusiones invitas a la verdad, pues al negarlas reconoces que el miedo no significa nada.

En el santo hogar donde el miedo es impotente el amor entra dando las

gracias, agradecido de ser uno con vosotros que os unisteis para dejarlo entrar.

El recuerdo de nuestro Ser está en la mente correcta, el hogar de la Expiación que nos recuerda que la separación de este Ser nunca ocurrió.

Debido a que las ideas no abandonan su fuente, seguimos siendo parte de

Aquel a Quien nunca abandonamos. La verdadera percepción, la visión no

cegada por la forma, crece lentamente siguiendo el ritmo de nuestro temor.

Su crecimiento es inevitable ya que la verdad ha salido a iluminar el camino

- desde la ilusión a la realidad, desde el "aquello otro" a la Totalidad.

Habiendo llevado el miedo a la verdad, la puerta cerrada de la mente se abre

a recibir lo que ha sido negado, y el amor es acogido en su hogar en el Hijo

de Dios.

(I.11:1-3) Cristo acude a lo que es semejante a Él; a lo que es lo mismo,

no a lo que es diferente. Pues siempre se siente atraído hacia Sí Mismo.

¿Qué se asemeja más a Él que una relación santa?

Una relación santa refleja la Unidad del Cielo y Cristo, y somos invitados a

regresar a la mente a través de Su recuerdo: nuestra Identidad como el único

Hijo de Dios. El perdón es la forma que toma Su invitación, porque deshace

las barreras de separación y diferencias. No niega nuestras percepciones

sensoriales, simplemente niega que estas diferencias marquen la diferencia.

Más allá de estas barreras aparentes en la forma está nuestra unidad como

un Hijo de Dios loco y cuerdo, porque todos caminamos por el mismo camino a casa en contenido. Esta unidad de propósito es el significado de la

relación santa, que practicamos con aquellos especiales que buscamos excluir, y luego generalizar, para que nadie quede fuera del círculo de la

Expiación. Todos son abrazados en nuestro perdón, porque eximir incluso a

una persona del amor niega la integridad de Cristo, probando que la amorosa Unidad de Dios miente y que la culpa fragmentada del ego es la verdad.

(I.11:4-9) Y lo que hace que tú te sientas atraído hacia tu hermano, es lo

que hace que Él se sienta atraído hacia ti. Ahí Su dulzura y Su benévola

inocencia están a salvo del ataque. Y ahí Él puede regresar con confianza, pues la fe que depositas en otro es la fe que depositas en Él. No cabe duda de que estás en lo cierto al considerar a tu hermano el hogar que Cristo ha elegido, pues al hacer eso ejerces tu voluntad junto

con la de Cristo y la de Su Padre. Esto es lo que la Voluntad de tu Padre dispone para ti, y la tuya junto con la de Él. Y el que se siente atraído hacia Cristo se siente atraído hacia Dios tan irremediabilmente como Cristo y Dios se sienten atraídos hacia toda relación santa: la morada que ha sido preparada para Ellos a medida que la tierra se convierte en el Cielo.

Aquí se refleja la fórmula del Curso de ver el rostro de Cristo y recordar el

Amor. Nos atrae la visión de la inocencia en otro porque el amor que nos

atrae hacia sí mismo. El amor, siendo uno, no ve distinciones donde no existen. Vemos a nuestros hermanos como nos vemos a nosotros mismos, y

tal cómo vemos al Hijo de Dios reflejado en la forma, así lo vemos a Dios.

Así es como la relación santa refleja nuestra única relación real, la que tenemos con Dios (T-15.VIII).

Los dos párrafos siguientes armonizan maravillosamente con el pasaje anterior de la canción olvidada (T-21.I.6-10):

(II.12:1-4) Más allá del cuerpo que has interpuesto entre tu hermano y tú, y reluciendo en la áurea luz que le llega desde el círculo radiante e infinito que se extiende eternamente, se encuentra tu relación santa,

que Dios Mismo ama. ¡Cuán serena descansa en el tiempo, y, sin embargo, más allá de él! ¡Cuán inmortal, y, sin embargo, en la tierra! ¡Cuán grande el poder que reside en ella!

La relación santa es inmortal en el sentido de que refleja la eterna Unidad

de Dios. Su proceso comienza cuando cambiamos nuestra percepción de yo

contra ti a juntos, o no en absoluto, de intereses separados a compartidos.

Esto permite que la percepción vuelva a la mente, el lugar donde el Hijo

recuerda su santidad. La relación santa tiene todo el poder porque no existe

ningún conflicto que bloquee la extensión del amor a través de la mente,

bañando el mundo proyectado con la luz dorada que el perdón amorosamente nos ha revelado.

(II.12:5) En ella no existe una voluntad separada ni el deseo de que nada se encuentre separado.

En el instante santo permanecemos dentro de la ilusión, pero sin el deseo de

ver a los demás como separados o pecaminosos, y sin el deseo de verlos

recibir el castigo que secretamente creemos que merecemos. Este odioso

deseo personifica el instante no santo de separación del ego, en el que nuestro pecado se hace real, pero le se atribuye a otro quien debe ser visto

como diferente a nosotros.

(II.12:6-10) Su voluntad no hace excepciones y lo que dispone es verdad. Toda ilusión que se lleva ante su perdón se pasa por alto dulcemente y desaparece. Pues Cristo ha renacido en su centro, para iluminar Su morada con una visión que pasa por alto al mundo. ¿No querrías que esa santa morada fuese también la tuya? En ella no hay sufrimiento, sino únicamente dicha.

El problema es que todavía asociamos la separación con la felicidad, uniéndonos a la miseria. Esto es paralelo a las primeras palabras de Jesús de

que no podemos diferenciar entre dicha y dolor (T-7.X). Sin embargo,

¿cómo no podríamos alegrarnos al pensar que Cristo ha renacido a través de nuestro perdón? La visión de este santo Niño llena nuestras mentes con la esperanza que alegra el mundo del sufrimiento, tal como la luz de la relación santa disuelve la oscuridad de la separación y la muerte. (II.13:1) Lo único que necesitas hacer para morar aquí apaciblemente junto a Cristo, es compartir Su visión. Para citar a Hamlet, "Sí, ese es el estorbo" (III,i), porque estamos felices de compartir la visión de Cristo con algunas personas – los estudiantes del curso que piensan como nosotros, por ejemplo, pero no con los "herejes" que no entienden sus enseñanzas. Pero Jesús nos pide que compartamos esta visión con todos, la condición para que sea nuestra. "¿Es demasiado pedir?" él dice. "Mira lo que te ofrezco". Pero protestamos porque, en efecto, pide demasiado. No queremos perder nuestro yo separado y especial, y los chillidos estridentes del ego se convierten en nuestro refugio contra la apacible y queda Voz de la verdad del Espíritu Santo. (II.13:2-7) Su visión se le concede inmediatamente y de todo corazón a todo aquel que esté dispuesto a ver a su hermano libre de pecado. Y tienes que estar dispuesto a no excluir a nadie, si quieres liberarte completamente de todos los efectos del pecado. ¿Te concederías a ti mismo un perdón parcial? ¿Puedes alcanzar el Cielo mientras un solo pecado aún te tienta a seguir sufriendo? El Cielo es el hogar de la pureza perfecta, y Dios lo creó para ti. Contempla a tu santo hermano, tan libre de pecado como tú, y permítele que te conduzca hasta allí. Nuestro hermano mayor nos dice una vez más: para ser liberados del sufrimiento del loco sistema de pensamiento del ego, nadie puede quedar excluido de nuestra voluntad de perdonar. Si esta visión de la impecabilidad nos va a sanar, debe abarcar a todas las personas, todo el tiempo, sin excepción. Cuando retenemos las percepciones del pecado, es solo porque no deseamos que nos lleven a casa, recordando que entramos al Cielo juntos, o no en absoluto. Los juicios hacia otros protegen la culpa de la

mente sobre su decisión de permanecer en el infierno, y nos sentimos justificados en las acusaciones que salvaguardan el juicio original del pecado contra nosotros mismos, preservando así la separación de la cual provino.

(III.8) No permitas que la forma de tus errores te aleje de aquel cuya santidad es la tuya. No permitas que la visión de su santidad, que te mostraría tu perdón, quede oculta tras lo que ven los ojos del cuerpo. No permitas que la conciencia que tienes de tu hermano se vea obstruida por tu percepción de sus pecados y de su cuerpo. ¿Qué hay en él que quisieras atacar, excepto lo que asocias con su cuerpo, el cual

crees que puede pecar? Más allá de sus errores se encuentra su santidad junto con tu salvación. Tú no le diste su santidad, sino que trataste de ver sus pecados en él para salvarte a ti mismo. Sin embargo,

su santidad es tu perdón. ¿Cómo ibas a poder salvarte si haces de aquel

cuya santidad es tu salvación un pecador?

El propósito del cuerpo es, simplemente, ser el depósito de las proyecciones

de la creencia de la mente en el pecado, demostrando nuestra inocencia a

expensas de otro, desmintiendo la santidad del unificado Hijo de Dios. Es

por este propósito del ego que Jesús nos ha dicho que “nada es tan cegador

como la percepción de la forma" (T-22.III.6:7), los testigos en la forma del

pecado de otro, enmascaran el contenido de impecabilidad de la mente del

Hijo. Dado que la razón nos dice que somos iguales, el ver a otro como pecador da testimonio de nuestro pecado; pero donde antes veíamos la

proyección ahora vemos la santidad de nuestro hermano, la cual refuerza la

conciencia de que nosotros también somos santos. A través de esta visión

del perdón, el Hijo de Dios se salva como uno, tal como una vez fue condenado.

(III.9:1-2) Una relación santa, por muy recién nacida que sea, tiene que valorar la santidad por encima de todo lo demás. Cualquier valor profano producirá confusión, y lo hará en la conciencia.

Jesús se refiere a las relaciones no santas y a la confusión que a menudo

sentimos en ellas, sin entender por qué no funcionan, ni por qué experimentamos emociones tan conflictivas de amor y odio. En verdad, sin

embargo, estas alianzas especiales están diseñadas para fallar, porque nuestro objetivo secreto es perpetuar el valor no santo de la separación y de

la falsa inocencia, ocultando el único valor verdadero que se encuentra aquí: recordar la santidad del Hijo de Dios, compartida por todos por igual.

(III.9:3-6) En las relaciones no santas se le atribuye valor a cada uno de los individuos que la componen, ya que cada uno de ellos parece justificar los pecados del otro. Cada uno ve en el otro aquello que le incita a pecar en contra de su voluntad. De esta manera, cada uno le atribuye sus pecados al otro y se siente atraído hacia él para poder perpetuar sus pecados. Y así se hace imposible que cada uno vea que él

mismo es el causante de sus propios pecados al desear que el pecado sea real.

La relación especial es valiosa porque ponemos nuestros pecados en otro,

creyendo que quedamos libres de ellos, diciendo: "Mira las cosas terribles

que has hecho en nuestra relación, las cuales me han hecho atacarte". Así

vemos en alguien el pecado que nos impulsa a pecar a cambio, excepto que

nosotros estamos justificados, mientras que nuestro enemigo no lo está.

Nuevamente, no podemos reconocer la pecaminosidad de la mente mientras

la veamos en un cuerpo, lo cual es el propósito de la proyección. Esta es la

razón por la que Jesús nos dice que "contemplemos la gran proyección"

(II.10:1), el preservador de la relación no santa de la mente tomadora de decisiones con el sistema de pensamiento de separación del ego. Las acusaciones de otros no son más que expresiones proyectadas del pecado – en contenido, no necesariamente en la forma – del que nos acusamos en secreto.

(III.9:7) La razón, en cambio, ve una relación santa como lo que realmente es: un estado mental común ...

Esa última es una frase importante. No importa lo que creemos que nosotros u otros hemos hecho, mantenemos el mismo sistema de pensamiento en

común. No importa quién asuma el papel de víctima o victimario, ambos

reflejan el sistema de pensamiento delirante de separación. Como un Hijo

elegimos el ego, una loca elección que se fragmentó en miles y miles de

millones de formas, cada una compartiendo la creencia central de que la

separación y su mundo resultante son reales. Una relación santa, por otro

lado, reconoce nuestro "estado mental común": el sistema de pensamiento

de mentalidad-errada del ego y la corrección de la mentalidad-correcta del

Espíritu Santo; el juicio de diferenciación y la visión de igualdad.

(III.9:7) ... donde ambos gustosamente le entregan sus errores a la corrección, de manera que los dos puedan ser felizmente sanados cual uno solo.

Esto no necesita ser hecho por dos personas, ya que las mentes están unidas

y cuando me curo no soy el único que se cura (L-pl.137). Recuerda que una

relación santa proviene de nuestro tomador de decisiones diciendo "no" al

uno u otro del ego, y "sí" al juntos, o no en absoluto del Espíritu Santo,

sanando el sistema de pensamiento de separación y dejando que la razón

corrija todos los errores.

(VI.4:1-3) Esta relación santa, hermosa en su inocencia, llena de fortaleza, y resplandeciendo con una luz mucho más brillante que la del

sol que alumbra el firmamento que ves, es la que tu Padre ha elegido como uno de los medios para llevar a cabo Su plan. Siéntete agradecido

de que no sirva en absoluto para llevar a cabo el tuyo. No usará indebidamente nada que se le confíe, ni dejará de usar nada que se le ofrezca.

Creemos que hemos traicionado la relación santa original de Dios y Cristo,

y estamos tentados a creer que la traicionaremos de nuevo. Al proyectar

nuestra culpa, inevitablemente creemos que otros nos traicionarán, y es por

eso que esta forma de pecado es esencial para el sistema de pensamiento del

ego. Como queremos que la gente nos traicione para que el pecado recaiga

sobre ellos y no sobre nosotros, la buena noticia de Jesús es que esto es

imposible. Podemos hacer un mal uso del poder de la mente sólo en los

sueños, ya que la realidad de nuestras relaciones todavía brilla en el resplandor del Amor de nuestro Creador. Este párrafo, por cierto, es una

lectura encantadora para las bodas.

(VI.4:4-8) Esta santa relación tiene el poder de curar todo dolor, sea cual sea su forma. Ni tu hermano ni tú por separado podéis ser útiles en

absoluto. Únicamente en vuestra voluntad conjunta radica la curación. Pues ahí es donde se encuentra vuestra curación y ahí es donde aceptaréis la Expiación. Y al sanar los dos, la Filiación queda sanada porque vuestras voluntades se han unido.

El pensamiento de separación se deshace debido a la decisión de la mente

de identificarse con la Expiación, reflejada en nuestra aceptación del estado mental común, la voluntad conjunta, de todos los Hijos de Dios. Dado que el dolor proviene de la separación, la unión de dos Hijos aparentemente separados es sanadora. Entonces, ¿dónde está el dolor? Es necesario recordar siempre que la curación no tiene nada que ver con el cuerpo (forma), porque Jesús solo habla del pensamiento de la mente (contenido).

De hecho, no hay nada más, ya que el cuerpo existe solo en la mente: las ideas no abandonan su fuente.

(VI.5:1-2) Ante una relación santa no hay pecado. Ya no se percibe ninguna forma de error, y la razón, unida al amor, contempla calladamente cualquier confusión y observa simplemente: "Eso fue un error".

La razón no niega que se cometió un error, solo que no tuvo verdaderas consecuencias. Si creemos que ha tenido efectos, como el dolor corporal, es sólo porque deseamos que el error sea un pecado, protegiendo su existencia

ilusoria al seguir la estrategia del ego de la ausencia de la mente.

(VI.5:3-7) Y luego, la misma Expiación que aceptaste en tu relación corrige el error y, allí donde éste estaba, deposita una parte del Cielo. ¡Cuán bendito eres tú que permites que este regalo se otorgue! Cada parte del Cielo que restituyes se te da a ti. Y cada lugar vacío del Cielo que vuelves a llenar con la Luz Eterna que traes contigo, resplandece sobre ti. Los medios de la impecabilidad no conocen el miedo porque únicamente son portadores de amor.

Si bien estas palabras son hermosas e inspiradoras, también debemos reconocer el terror que engendran; después de todo, creemos que somos

criaturas de la oscuridad, no del brillo resplandeciente. Tememos a la luz en

la que estamos unidos libres de pecado como uno, y necesitamos reconocer

que estar sin nuestra identidad separada, forjada en el pecado, significa que

nuestro yo especial no existe. Es esencial que mientras leemos estas conmovedoras palabras que describen los efectos curativos del perdón,

también reconozcamos la parte de nuestra mente que teme a la verdad de la

Expiación y a que se elija en su contra.

(VI.7:1-3) Cuando hayas contemplado a tu hermano con absoluto perdón, del que no se haya excluido ningún error ni nada se mantenga oculto, ¿qué error podría haber en cualquier parte que tú no pudieses pasar por alto? ¿Y qué tipo de sufrimiento podría nublar tu vista e impedirte ver más allá de él? ¿Y qué ilusión no ibas a reconocer como un error, como una sombra que puedes atravesar completamente impávido?

Necesitamos enfocarnos en lo contrario: cuántos errores no queremos pasar

por alto, para los cuales queremos responsabilizar a las personas para siempre, a fin de demostrar su pecaminosidad y nuestra inocencia. Es esta

necesidad de juzgar la que hace que el perdón completo sea tan difícil, ya

que anuncia el fin de la separación y de la individualidad. La razón nos dice, sin embargo, que el pecado y el sufrimiento no son externos, sino que

proviene de la decisión de la mente por la culpa, la cual se deshace fácilmente al

mirarnos a nosotros mismos y a los demás a través de la visión del propósito compartido. La aparente solidez del pecado contradice su débil

naturaleza, sus sombras de nada incapaces de resistir la luz de la verdad que

tan gentilmente nos guía a casa.

(VI.7:4-6) Dios no permite que nada sea un obstáculo para aquellos que

hacen Su Voluntad, y éstos reconocerán que sus voluntades son la Suya

porque la sirven. Y la sirven de buen grado. ¿Podrían entonces, demorarse mucho en recordar lo que son?

El principio de Expiación reaparece en nuestra sinfonía: Dios no permitiría

que nada interfiriera con la unión de nuestra voluntad con la Suya porque nada puede interferir – la idea del Hijo de Dios no ha abandonado su Fuente. Esta verdad de nuestra unidad se refleja en la ilusión como nuestro servicio a Su Voluntad a través del perdón. Mientras vemos el rostro inocente de Cristo en nuestros hermanos, ¿puede demorarse el alborear del recuerdo de Dios?

(VI.8:1-3) Verás tu valía a través de los ojos de tu hermano, y cada uno será liberado cuando vea a su salvador en el lugar donde antes pensó que había un agresor. Mediante esta liberación se libera el mundo. Éste es tu papel en la consecución de la paz.

Aceptar esta visión es nuestra parte en la Expiación: mirar más allá de las diferencias que hemos establecido entre nosotros y los demás, viendo en

cambio nuestro estado mental común. La sanación de la mente libera a

todas las personas de la proyección de la creencia en el pecado, basada en el

pensamiento de que, de hecho, hay diferencias entre los Hijos de Dios, el

principio que establecimos primero para derrotar a Dios y usurpar Su lugar

en el trono de la creación. Con Jesús y su amor a nuestro lado, miramos la

locura del ego y tomamos el otro camino. No solo la locura radica en la decisión por los juicios del ego, sino también la desdicha. Sin embargo, la

alegría es el resultado inevitable cuando decidimos que ya no queremos ser

infe-lices. Esto deshace el ego, trayendo paz a nosotros y al mundo creado

falsamente del separado Hijo de Dios.

(VI.9:2-3) Extender el perdón es la función del Espíritu Santo. Deja eso en Sus manos.

La liberación del mundo de la esclavitud de la culpa, el miedo y el dolor no

es nuestra preocupación, la cual es simplemente liberar nuestras mentes
pidiendo la ayuda de Jesús para mirar dentro. Nuestra única función es aceptar la Expiación para nosotros mismos (T-2.V.5:1), mirar a todos y a todo sin proyectar la loca creencia en el pecado. Al mismo tiempo, una vez más, debemos ser conscientes de cuánto no deseamos hacer esto. Nosotros llevamos el deseo de no perdonar a Jesús, cuyo amor nos enseñaría cuán miserables nos hacen nuestros juicios, el dolor ineludible de aferrarnos a los resentimientos. Dado que no hay mundo fuera de la mente, el centrarnos en los efectos externos de la curación es una defensa contra nuestra realización del trabajo interno de perdón que nos liberaría a nosotros y al mundo como uno.

(VI.9:4) Ocúpate únicamente de entregarle aquello que se puede extender.

Esto se logra dando al Espíritu Santo los resentimientos a los que nos aferramos. Esto no es magia, en la cual "le damos la vuelta" a los resentimientos sin dejar de mantenerlos. Más bien, el perdón consiste en invitarlo a Él a mirar con nosotros nuestras relaciones especiales, para que Él pueda enseñarnos nuestro propósito al elegirlos y el sufrimiento que nos traen. Olvídate por el momento de lo que nuestros juicios les hacen a los demás; ellos nos causan dolor. La conciencia de esta miseria auto-infligida nos motiva a abandonar estos pensamientos de ataque, permitiendo que el amor que se encuentra más allá de ellos se extienda a través de la mente del Hijo de Dios.

(VI.9:5) No guardes ningún secreto tenebroso que Él no pueda usar,

antes bien, ofrécele los pequeños regalos que Él puede extender para siempre.

Hemos visto antes este importante tema (por ejemplo, T-4.III.8:2), donde

Jesús nos pide que seamos honestos con él y no le ocultemos ningún secreto

tenebroso. El instante santo, nos dijo antes, no requiere que no abriguemos

pensamientos impuros, pero si requiere que no abriguemos ninguno que

deseemos conservar (T-15.IV.9:1-2). No es que no debamos tenerlos – esto

es inevitable en el mundo de los sueños – sino que no deseemos aferrarnos

a ellos. Por cierto, Jesús no quiere decir que tengamos que contarle a todo el

mundo nuestros secretos (la forma); pero sí quiere que le pidamos ayuda

para ver nuestro deseo de permanecer separados, diferentes y triunfantes

sobre el mundo y sobre Dios (el contenido).

Esta necesidad de triunfar a menudo se presenta bajo un disfraz de debilidad, por lo cual señalamos con el dedo acusador a aquellos que percibimos que nos hacen daño. Como se discutió anteriormente, las víctimas son los grandes y silenciosos victimarios, y a veces no muy silenciosos. Ellos hacen alarde de sus insuficiencias para que la gente se

sienta culpable y sienta pena por su sufrimiento. Esto permite que las víctimas le digan a Dios: “Mira lo que la gente le nos ha hecho”. Este es

uno de los secretos más oscuros que Jesús nos pide que veamos, suplicándonos que le digamos cuánto no lo queremos cerca, cuánto no queremos aprender su curso. Además, nos invita a compartir con él nuestro

deseo de que lo hubiera escrito de otra manera y que, como no lo hizo, reescribiremos el Curso para él, cambiando lo que no nos gusta y reinterpretando sus palabras de manera que justifiquen nuestro especialismo.

Dado todo esto, es nuestra función llevar las tinieblas a la luz de Jesús, cuya

extensión no es nuestra función. Cuando sentimos que hay cosas importantes que se supone que debemos hacer en el mundo, o un mensaje debemos a traer, sabemos que este es el ego. Aquí nuevamente, nos habremos opuesto a la verdad, como lo hicimos al principio con Dios cuando le dijimos que Él no conocía el amor, pero que nosotros sí, y que el especialismo nos daría lo que quisiésemos y necesitásemos. Asimismo, le decimos a Jesús que no conoce las necesidades del mundo, pero que nosotros sí las conocemos. En efecto, le decimos a nuestro maestro que conocemos mejor sus asuntos que él. De hecho, uno de los puntos principales de Jesús es pedirnos que no asumamos su función. Solo que le llevemos nuestros "pecados secretos y odios ocultos" (T-31.VIII.9:2) a su inocencia, escuchándolo decirnos: "Esta pequeña dosis de buena voluntad es todo lo que necesito de ti. Mi amor hará el resto. Habiéndome traído tu miedo, lo haré disolverse suavemente, dejando que el amor del único Hijo de Dios sane al mundo".

(VI.9:6-8) Él aceptará cada uno de ellos y los convertirá en una fuerza potente en favor de la paz. El Espíritu Santo no dejará de bendecir ni uno solo de los regalos que le haces ni los limitará en forma alguna. Los infundirá de todo el poder que Dios le ha conferido, a fin de hacer de cada uno de ellos un manantial de curación para todos.

Una vez más, cómo se produce esta curación no es asunto nuestro, ni nuestros egos pueden entenderlo. Aun así, Un Curso de Milagros nos enseña que podemos entender el propósito del sistema de pensamiento del ego, a saber: (1) lo que vemos afuera es una proyección de la culpa que hicimos real adentro, y lo (2) hicimos por el miedo a perder nuestra individualidad si decidiéramos contra ella; (3) fabricamos un mundo sin mente para mantener la mente tomadora de decisiones oculta; y (4)

buscamos responsabilizar a otros por el pecado que cometimos pero que no queremos aceptar en nosotros mismos, por lo que ellos serán castigados en lugar nuestro. Cuando reconocemos que esta locura es únicamente obra de nuestra mente, una pesadilla que ya no queremos, la idea de la separación desaparece. En ese instante santo, la Filiación se cura, porque hemos recordado la unidad de la creación. Habiendo completado nuestra parte en la Expiación al aceptar el regalo del perdón del Cielo, su luz sanadora se extiende al mundo:

(VI.9:9-11) Cada pequeño regalo que le ofreces a tu hermano derrama luz sobre el mundo. No te preocupes por las tinieblas; mira más allá de ellas y contempla a tu hermano. Y deja que las tinieblas sean disipadas por Aquel que conoce la luz y que tiernamente la deposita en cada una de las dulces sonrisas de fe y de confianza con que bendices a tu hermano.

La oscuridad de la culpa en nuestras mentes da paso suavemente a la luz de la inocencia de Cristo. Vista al principio en un hermano, la inocencia se extiende naturalmente para bendecir a todos los hermanos, porque el Hijo de Dios es uno.

(VI.13:10-14:1) Por eso es necesario que tengas otras experiencias, más afines a la verdad, para enseñarte lo que en realidad es natural y verdadero.

Ésa es la función de tu relación santa.

Dado que nos sentimos más cómodos con nuestras diferencias que con nuestro estado mental común, es necesario que experimentemos el gozo de recordar nuestra igualdad inherente, la cual refleja la verdad de la unidad.

La práctica del perdón acelera este momento feliz, ya que la función de la relación santa es proporcionarnos experiencias en las que ya no percibimos

las diferencias entre nosotros como reales. Nos damos cuenta de lo bien que se siente no ver la vida como un campo de batalla en el que nos sentimos felices cuando vencemos a nuestros enemigos; lo bien que se siente no ver a la gente salir a robarnos, o que nosotros les robemos. Sin embargo, nuestro aprendizaje requiere paciencia, la octava característica de los maestros de Dios (M-4.VIII), porque nuestro miedo al amor impide la pronta aceptación de esta experiencia de alegría.

(VI.14:2-9) Pues lo que uno de vosotros piense, el otro lo experimentará con él. ¿Qué puede querer decir esto, sino que tu mente y la mente de tu hermano son una? No veas con temor este feliz hecho ni pienses que con ello se te impone una pesada carga. Pues cuando lo hayas aceptado de buen grado, te darás cuenta de que vuestra relación es un reflejo de la unión que existe entre el Creador y Su Hijo. Entre las mentes amorosas no hay separación. Y cada pensamiento que una de ellas tiene le brinda felicidad a la otra porque es la misma mente. La dicha es ilimitada porque cada pensamiento de amor radiante extiende su ser y crea más de sí mismo. En él no tienen cabida las diferencias, pues todo pensamiento es como él mismo.

El tema de las diferencias del ego versus la igualdad del Espíritu Santo resuena a lo largo de este movimiento de nuestra sinfonía, como así también en el pasaje anterior. Una vez más leemos cómo la Unidad de la creación del Cielo se refleja en la relación santa, la corrección del énfasis de la relación especial en la separación y la exclusión. El perdón es el medio por el cual el Hijo de Dios regresa a la Fuente que nunca abandonó, ya que deshace la creencia de que abandonó el Cielo y es diferente de sus

hermanos. Como las percepciones erróneas nacidas de la culpa y el miedo se corrigen, la visión de nuestra igualdad inherente alborea en nuestra conciencia: una mente separada en la ilusión, una Mente unificada en Cristo.

(VI.15:1) La luz que os une brilla a través del universo, y puesto que os une, hace que seáis uno con vuestro Creador.

Jesús usa la palabra universo de dos maneras diferentes, denotando el universo físico (la proyección de la mente dividida) y el universo del espíritu o Cristo. En el pasaje anterior se encuentran ambos significados. En

todo el universo de la Filiación aparentemente separada, compartimos la

misma oscuridad y la misma luz. Cuando perdonamos y llevamos nuestras

tinieblas a la luz que las disuelve, reconocemos que los Hijos de Dios son

en verdad un solo Hijo. Esta luz de la verdadera percepción del instante

santo ahora se extiende al círculo dorado que desaparece suavemente en el

universo de la luz.

(VI.15:2-3) Y en Él converge toda la creación. ¿Lamentarías no poder sentir miedo solo, cuando tu relación te puede enseñar que el poder del

amor reside en ella, haciendo así que el miedo sea imposible?

Jesús nos pide, de nuevo, que escuchemos: "¿No te haría feliz saber que ya

no estás solo?" El miedo habla de aislamiento, pero afirmamos que no es

culpa nuestra – algo externo a nosotros es responsable – aunque el hecho es

que nuestras mentes ya están unidas por el miedo y el amor, de los cuales

solo uno es real. La ilusión y la verdad esperan al tomador de decisiones

para que decida cuál será nuestra realidad.

(VI.15:4-7) No intentes conservar un poco del ego junto con este regalo.

Pues se te dio para que lo usaras, no para que lo ocultases. Aquello que te enseña que no os podéis separar niega al ego. Deja que la verdad decida si tú y tu hermano sois diferentes o iguales, y que te enseñe cuál de estas dos posibilidades es verdad.

La elección es nuestra. ¿Queremos ver a los Hijos de Dios como diferentes entre sí, basándonos en la creencia ontológica de que Dios y Su Hijo son diferentes, o elegimos escuchar y aceptar el regalo de la voz de la razón, dándonos cuenta de nuestra igualdad inherente que en la ilusión representa la Unidad del Cielo? La verdad es que Dios y Su Hijo son indivisibles, unidos en el amor que no conoce la separación. Esto es expresado en la práctica diaria del perdón que enseña que no hay diferencias de contenido entre nosotros mismos y los demás, porque somos iguales en mente, propósito y meta.

Antes de concluir este apartado reafirmamos la importancia de reconocer que todos compartimos la misma locura, independientemente de sus innumerables formas – benévolas o malévolas. Ya que el bien y el mal son frente y dorso de la misma moneda dualista, creer en uno hace real al otro en nuestra experiencia; cada uno depende de su opuesto para su existencia.

Por otro lado, Jesús nos presenta un sistema no-dualista, el cual es la base para la curación del Curso: el perdón que deshace el ataque, la luz que disuelve oscuridad, el amor que reemplaza al miedo.

Conclusión.

Terminamos este movimiento con un pasaje que se hace eco de la discusión de Jesús al final del Capítulo 19, una ilustración más de cómo recupera temas de movimientos anteriores y los integra en su enseñanza, mientras a

su vez nos lleva más profundamente a la realidad de su sistema de pensamiento. Recuerda la descripción de nuestra posición ante el velo final,

esperando decidir si “desapareceremos en la Presencia que se encuentra

detrás del velo”, o si “seguimos vagando sin rumbo, sólo para tener que

regresar y elegir de nuevo” (T-19.IV-D.19:1; 10:8). Ahora Jesús dice: (IV.3:1-2) Y así, tú y tu hermano os encontráis ahí en ese santo lugar, ante el velo de pecado que pende entre vosotros y la faz de Cristo.

¡Dejad que sea descorrido!

El velo solo se puede descorrer juntos, o no en absoluto, porque no se puede

levantar de forma aislada. No hace diferencia en que momento el otro acepta nuestro perdón, porque es sólo en la mente intemporal que tomamos

la decisión de no excluir a nadie del viaje que nos lleva más allá del velo a

nuestro hogar.

(IV.3:3-9) ¡Descorredlo juntos! Pues es sólo un velo lo que se interpone entre vosotros. Por separado, cada uno de vosotros lo veréis como un sólido muro y no os daréis cuenta de lo delgado que es el cortinaje que os separa. Aun así, este ya casi ha sido eliminado de vuestra conciencia,

e incluso aquí, ante el velo, la paz ha venido a vosotros. Piensa en lo que

os espera después: el amor de Cristo iluminará vuestros rostros e irradiará desde ellos a un mundo en penumbra y con necesidad de luz. Y desde este santo lugar Él regresará con vosotros, sin irse de él y sin abandonaros. Os convertiréis en Sus mensajeros, al restituirlo a Él a Sí Mismo.

En este círculo de luz brillante dejamos que el amor se extienda a través de

nosotros, no por lo que decimos o hacemos, sino por el pensamiento libre

de pecado que no impide que el amor fluya por la mente del Hijo de Dios,

oscurecida por el pecado. Todo lo que se necesita para que ocurra esta extensión es la percepción de intereses compartidos – la visión de inocencia

que es el rostro de Cristo – ya que esto deshace el delgado velo de separación que parecía mantener a los Hijos separados para siempre. Cuando otro elige aceptar nuestro regalo de la visión, es irrelevante; basta con que nosotros la hayamos aceptado. La salvación ha llegado en este instante santo del perdón, porque en su luz curativa se recuerda al Hijo no separado de Dios, y son olvidados los amargos sueños de especialismo y rencor.

(IV.4:1-4) ¡Pensad en la hermosura que veréis, vosotros que camináis a Su lado! ¡Y pensad cuán bello os parecerá el otro! ¡Cuán felices os sentiréis de estar juntos después de una jornada tan larga y solitaria en

la que caminabais por separado! Las puertas del Cielo, francas ya para vosotros, las abriréis ahora para los que aún sufren.

El dolor se cura con nuestra decisión de un nuevo Maestro, Cuyo Amor pasa por el lugar donde la soledad y la culpa una vez reinaron supremas. El

perdón de nuestro socio especial lo hace posible, y tras él habrá miles, y tras

cada uno de éstos mil más (T-27.V.10:4). De esta manera, la Filiación en su

conjunto es llevada a las puertas abiertas del Cielo, donde su belleza finalmente se percibe y se comparte con quienes aún no la han aceptado.

(IV.4:5-7) Y nadie que mire al Cristo en vosotros dejará de regocijarse. ¡Qué bello es el panorama que visteis más allá del velo y que ahora llevaréis para iluminar los cansados ojos de aquellos que todavía están tan extenuados como una vez lo estuvisteis vosotros! ¡Cuán agradecidos

estarán de veros llegar y ofrecer el perdón de Cristo para desvanecer así la fe que ellos aún tienen en el pecado!

Vimos este tema expresado antes (T-18.VIII), donde Jesús habló del desierto transformándose en un jardín cuando pasamos del miedo del ego al

Amor del Espíritu Santo, llevándole a Él a todos aquellos que sufren. Antes

leímos cómo el círculo de la Expiación abarca a todas las personas en el pensamiento de la inocencia del Hijo (T-14.V). Al pedir la ayuda de Jesús, miramos hacia adentro y reconocemos cuánto queremos excluir a ciertas personas de nuestro reino, entendiendo que el deseo de exclusión es el deseo de mantenernos alejados del Reino verdadero, donde nuestro Ser es bienvenido en el Corazón de Dios. Buscando mantener segura la oscuridad de nuestra identidad pecaminosa, nos hemos esforzado por no fusionarla nunca con el santo círculo donde el pecado desaparece, junto con nuestro yo individual. Ahora el dolor de tal locura nos lleva a elegir de nuevo, para ver la belleza en lugar de la desolación. Y en lugar de sufrir la soledad que el especialismo ha bendecido con sus dones de juicio y odio, sentimos la alegría de regresar a casa con todos nuestros hermanos. (IV.5:4-6) Y así caminaréis por el mundo conmigo, pues tengo un mensaje que aún no se ha llevado a todos. Y vosotros estáis aquí para permitir que se reciba. La oferta de Dios todavía sigue en pie, pero aguarda aceptación. Nuestra tarea es hacer por los demás lo que Jesús ha hecho por nosotros. Estamos en sus mentes como una alternativa diciendo, no con palabras, sino como la presencia amable y amorosa en la que nos hemos convertido: "El mensaje de la Expiación que he aceptado, tú también lo puedes aceptar. Ven a la luz que he elegido, porque también brilla en ti". Esta es la función que Jesús nos recuerda cuando dice: "Y así caminaréis por el mundo conmigo". Como él, nuestra función reside en la mente desde donde irradia una amable sabiduría, al igual que un faro que llama con su luz a todos los que aún

temen su bondad amorosa.

(IV.5:7-8) Se recibe de vosotros que la habéis aceptado. En vuestras manos unidas se deposita confiadamente, pues vosotros que la compartís os habéis convertido en sus devotos guardianes y protectores.

No protegemos el mensaje de Expiación de Jesús con actos externos, sino

con nuestra vigilancia por el miedo de la mente que nos llevaría de vuelta a

los seductores brazos de culpa del ego. Al elegir de nuevo, aprendemos que

dando Su mensaje a todos los demás es cómo lo recibimos, que compartir

su regalo es cómo lo hacemos nuestro y que dejar que su amor se extienda a

través de nosotros nos recuerda su origen en nuestra mente correcta, la

puerta a la Mente de Dios.

(IV.6) A todos aquellos que comparten el Amor de Dios se les concede la

gracia de ser los dadores de lo que han recibido. Y así aprenden que es suyo para siempre. Todas las barreras desaparecen ante su llegada, de la misma manera en que cada obstáculo que antes parecía bloquear su camino quedó finalmente superado. Ese velo que tú y tu hermano descorréis juntos os abre el camino a la verdad y se lo abre también a otros. Los que permiten que se les libere de las ilusiones de sus mentes

son los salvadores de este mundo, y caminan por él con su Redentor, llevando Su mensaje de esperanza, libertad y emancipación del sufrimiento a todo aquel que necesite un milagro para salvarse.

Cuando realmente creemos estas palabras, sabemos que no hay un mundo

por el que caminar, aunque un mundo parezca enfrentarse a nuestros ojos

que aún están cegados por la forma. Hemos aprendido que los obstáculos

que enfrentamos (una alusión a "Los obstáculos a la paz" [T-19.IV]) son las

proyecciones de la mente, y lo más importante, Jesús nos ha enseñado a

caminar junto con nuestros socios especiales, sin excluir a nadie. Como siempre, no debemos malinterpretar estas palabras como si se refiriesen al

comportamiento, ya que Un Curso de Milagros solo habla de la mente y el

milagro que nos devuelve a ella. Tal reconocimiento nos libera para aceptar

la gracia - el atributo del Amor de Dios en el sueño que más se asemeja a

Él (L-pl.169.1:1) - la cual ha esperado pacientemente nuestra aceptación en

la mente, tal como el mundo sufriente ha esperado la nuestra.

(IV.7:1-5) ¡Qué fácil es ofrecer este milagro a todos! Nadie que lo haya recibido tendría dificultad alguna en darlo. Pues al recibirlo aprendió que no se le daba solamente a él. Tal es la función de una relación santa: que recibáis juntos y que deis tal como recibáis. Cuando se está ante el velo, esto todavía parece difícil.

El proceso se vuelve difícil solo cuando lo resistimos. Ante el velo del miedo, nuestra identidad permanece arraigada en la separación y el especialismo, y seguimos indecisos acerca de seguir adelante. Todavía necesitamos aceptar la realidad de quiénes somos al aprender que el ser

ilusorio que fabricamos no es nuestro yo, y, por lo tanto, ya no es lo que

deseamos. Elegimos la visión de Cristo en lugar del juicio cuando recibimos el perdón que hemos dado, el cual fluye a través de nosotros para

abrazar la Filiación en su totalidad. Nuestra relación santa con Jesús, extendida a los demás, levanta el velo y abre nuestros ojos para contemplar

la majestad del Cielo en la tierra: el rostro de Cristo y el suave alborear de

Su verdad.

(IV.7:6-8) Pero si extendéis vuestras manos unidas y tocáis eso que parece un denso muro, notaréis con cuánta facilidad se deslizan vuestros dedos a través de su insubstancialidad. Ese muro no es sólido en absoluto. Y es sólo una ilusión lo que se interpone entre tú y tu hermano y el santo Ser que compartís.

Nos unimos a nuestros hermanos al liberar los resentimientos que nos

mantenían separados de ellos. "Eso que parece un denso muro" es el pecado ilusorio que hicimos real en la mente, y luego buscamos expulsar poniéndolo en otros, sosteniendo tercamente que el abismo entre nosotros existía debido a su culpa. Ahora que ya no percibimos intereses separados, la visión de nuestra igualdad inherente cede suavemente el paso al Ser que compartimos como Hijo de Dios. El perdón completo ha deshecho las ilusiones de la separación - pecado, culpa y miedo - y el ego desaparece, dejando solo al Hijo que Dios creó uno con Él. El único requisito para que este feliz hecho se convierta en nuestra verdad es que elijamos contra el miedo y en favor de sus gloriosas implicaciones de perfecta unidad y amor, a las que regresamos con alegría y gratitud.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.